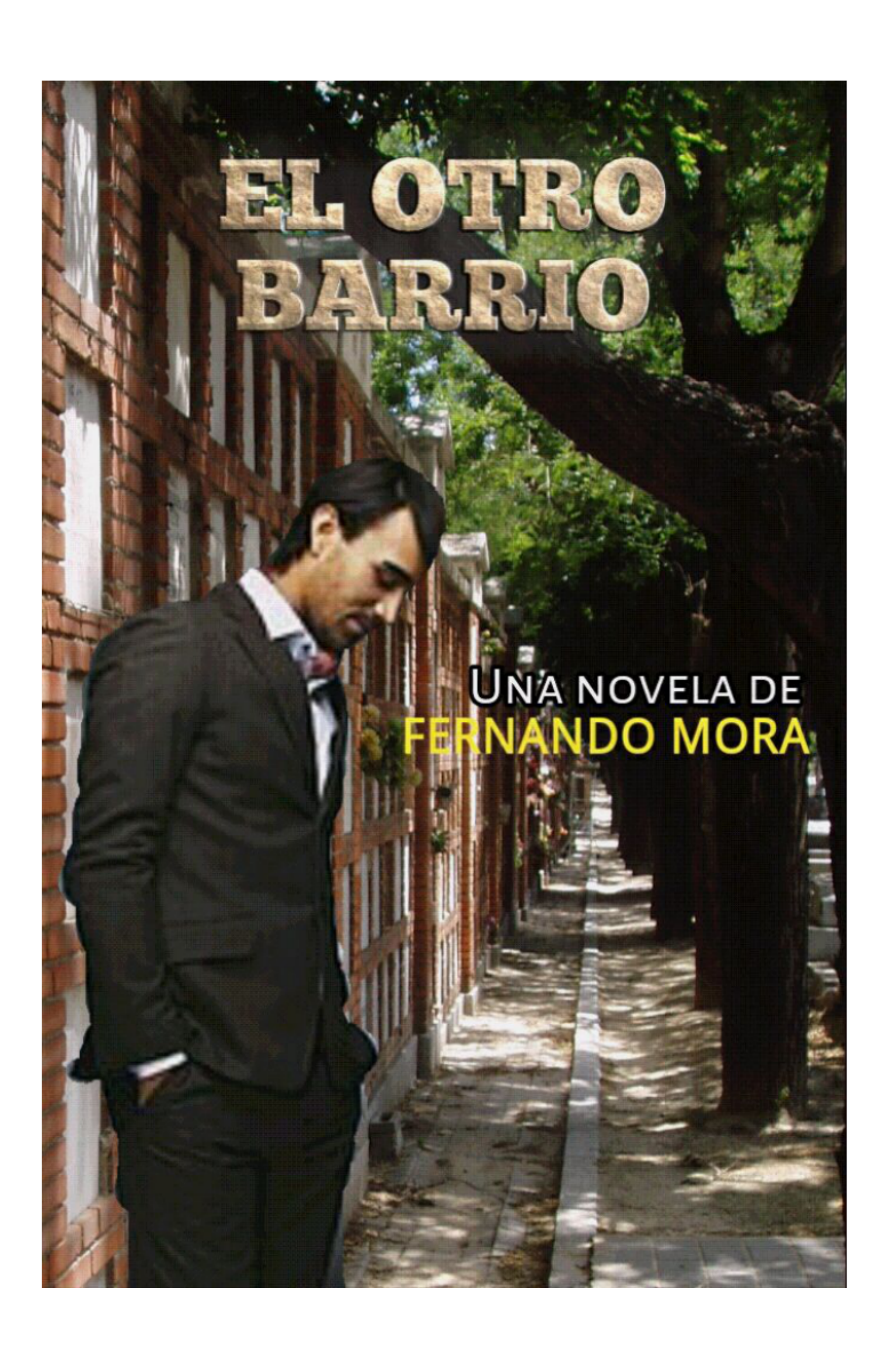

EL OTRO BARRIO
UNA NOVELA DE
FERNANDO MORA

Créditos

Titulo: **El otro barrio**
Autor: **Fernando Mora Martínez**.
Año: **1919**.
Versión electrónica gratuita y en el dominio público.
Edición de texto y diseño de cubierta: Artifacs.
Ebook publicado en febrero de 2022 en Artifacs Libros (artifacs.webcindario.com)

Licencia en el dominio público

Salvo por las modificaciones citadas abajo, el texto de esta versión es el mismo que el de la versión electrónica publicada en formato ePub de la página web de la Biblioteca Digital Hispánica, la cual fue digitalizada a partir de la edición impresa de 1919 que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Cambios en esta versión

- Se han corregido las erratas en el texto digital generadas durante el proceso de digitalización OCR (Reconocimiento Óptico de Caracteres).
- Se han actualizado la puntuación y los acentos gráficos (excepto en los diálogos) según las normas y recomendaciones actuales de la R.A.E..
- Se ha añadido una breve reseña y biografía del autor (apartado de Extras).
- Se han añadido notas de glosario (apartado de Extras).

Dedicatoria

Leonor: ¿Te acuerdas? Fue a la orilla del mar Cantábrico, tú leías el primer capítulo de «Juanita la Larga», yo, embelesado, escuchaba la lectura.

—¡Oye esto…!—dijiste un poco sorprendida—¡qué cosa...!—y, tomando el libro con las dos manos, y llevándolo ante tus ojos, deletreaste casi el párrafo en que el irónico Don Juan Valera hace enumeración de las riquezas de Don Paco.

«...la otra—leíste—sólo tiene una fanega y cinco celemines; pero como allá en lo antiguo había estado el cementerio en aquel sitio, la tierra era muy generosa y producía los garbanzos más mantecosos y más gordos y tiernos que se comían en toda la provincia, y...»

En la copulativa paraste; un mohín asomó a tu labio; a los ojos estupor y en toda tu cara dibujose un amargo disgusto; pero ello duró poco, que al comprender la ironía que aquello encerraba, se alegró tu mirar y a tu boca acudió la sonrisa que creció después hasta hacerse carcajada.

Entonces fué cuando nació la idea de escribir este libro; este libro que deshojará febrilmente tu fina plegadera de marfil y oro.

¿Hay parentesco, afinidad o rememoración entre esta novela y aquella que me leías junto al mar, rimando tu musical decir con el choque de las olas en el acantilado? No.

El glorioso autor de «Pepita Jiménez» hizo un soberano cuadro de costumbres en su libro; el casi desconocido autor de «Muerte y sepelio de Fernando el Santo» no ha pretendido otra cosa que dibujar, seguramente con poco arte, el perfil jocundo de unos cuantos ciudadanos, colocando por fondo el tono oscuro de unos cipreses y las tapias rojas de un cementerio.

¿Lo hice bien? ¿Lo hice mal? ¿Es este trabajo moralizador o no lo es? Eso no tiene ninguna importancia; pero si es importante decir que, desde que empecé el trabajo, en ti pensé con la idea de

terminarlo como mejor supiera, y dejarlo al final, como ofrenda de cariño, en tus finas y señoriales manos.

¿Que te mereces rosas de rico jardín y yo solo puedo ofrendarte florecillas silvestres?

Lo sé y perdona, pero yo no poseo vergeles, los vergeles son riqueza y aristocracia y yo solo soy pueblo.

Claro es que por ti, Leonor adorable, asaltaría yo, si preciso fuera, el propio Versalles, pero, mientras aprendo a traducir del francés, conténtate con estas florecillas.

Son humildes, pero son honradas; pobres son, pero son solo mías.

¿Las quieres?

Pues si las quieres, tómalas y con ellas mi corazón, que es flor también, nacida entre punzantes espinas, que tú, mujer encantadora, sabrás arrancar para mi bien y dicha.

FERNANDO MORA

El otro barrio

Fernando Mora

1. He aquí las gentes que han de hacer farsa

—¡Tira y canta *Cocheles*!—dijo don Narciso ya sin los hábitos talares y montando en la trasera del último coche fúnebre que había llegado al cementerio.

—¿Quiere usté esperarse una miaja, padre y reverendísimo?—objetó, al mandato del capellán del Este, el cochero funerario, que tenía una cara pálida y angulosa y unos ojos pequeños y sin brillo.

—¿Es que te pasa algo, Ramón?

—Ná: lo que hay es que como hace su miaja de ventolina, ni pa Dios puedo encender el puro este que acaba de largarme el que presidía el duelo del último fiambre.

—¿Un puro? ¡Ni que el sepelio hubiera sido una boda…!

—Pue que pa el donante sea algo así como eso, pues, según el cochero que les ha traído, el joven de la esplendidez es sobrino y heredero del difunto, que deja un porción de pasta mineral tarraconense y una de acciones que marea.

—¡Suerte de hombre! Ya puede dar puros y en abundancia.

—Calcule la alegría que tendrá en su interior, y dígame si no es pa compararla con la de la boda… ¡Digo! ¡Casarse con las lindas pesetas…! ¡Vaya un enlace! Eso está mejor que un *mitin* con la Raquel Meller… ¿Verdad que sí? [1]

El cura, que escuchaba y veía al cochero encender una y otra cerilla no acabando nunca por hacerlo del puro, así le dijo:

—Pero ¿arrancamos o no arrancamos?

—Calma, que tóo tié que arder, y pa morirse sobra tiempo… ¡Maldita sea! Llevo doce mixtos, arreo, y no enciendo; y… ¡lo que es

con el trece! ¡Que no! Antes me guardo el puro pa en cenando...

—Toma mi R. K., que es el emperador de los mecheros, y a ver si acabamos por salir echando humo.

Y al decirlo, bajose don Narciso del coche y al pie del pescante ofreció al auriga su encendedor.

—Gracias, papá cura.

—No seas romancero y alivia.

—¡Comienza la serie!—dijo riendo *Cocheles*, que apretó el botón del aparatito—. ¡A la una! ¡A las dos...! ¡A las... tres...! ¡¡Ya es!!—. Y como la llama encendiera la hoja del cigarro, aplicose el fumador a dar dos largas chupadas que fueron dos blancas nubecitas en la calmosa tarde.

—¿Has visto como sí?

—¡El primer chisquero que no me sale adulterino, don Narciso...! ¡Pero claro, es de un cura! Lo mejor fabricao; la flor de lo bueno se lo llevan los sotanas, y menos mal que esta vez ha caído el usufructo en un barbián de la Persia...

—*¡Cocheles!*

—¿Que no lo es usté? ¿que no tié ese ángel el curita del Este? ¡Digo! Si de toa la tropa negra, que como societario dedicaría yo pa la cimentación del subsuelo, es usté el único que se salva...

—Deja, so petrolero, esa lata, porque ya es de las viejas, y vamos al viaje, pero que en seguidita, ¿eh?

—Alto ahí, simpático clérigo; mandatos ni de Roma; condescendencias amistosas de Getafe aunque sea... Yo soy cochero de cadáveres, y usté el amigo que les da el pase pa el otro barrio, pero lo del ordeno y mando, pa el Kaiser; yo a Dios le sean dadas, soy completamente antimilitarista. Desde el elástico de la bota izquierda, al último pelo de la chistera que luzco, radical de tóo.

—¿Y qué con eso?

—¿Que, qué? Que por lo bondadoso sube usté al *pulpito* conmigo y arreamos de firme, y por lo autocrático se queda usté en la Necrópolis completamente de infantería...

—¡Que tú me hables así, *Cocheles!*

—¡Ve usté!—dijo el cochero advirtiendo el cariñoso decir del cura —. Por las buenas me dejo yo de poner hasta bozal... Conque arriba y vamos pa las Ventas donde, sonsoniti, [2] nos tomaremos, yo, una de Valde, y usté lo que le pete, que pa eso tengo un duro y muchos cuartos...; pero...

—¿Peros, todavía?

—Sí señor, peros...

—Aclara ya, si es que puede ser.

—Que poco antes de llegar a las del Espíritu Santo se apee... No es por ná ¿sabe? pero es que no quiero que me vea ningún correligionario alternando con los curas, porque luego pierde uno de su civismo y le toman a uno los bucles en la del Piamonte...

Riendo a carcajadas ascendió don Narciso hasta el pescante, y *Cocheles* chasqueó el látigo, y el carruaje negro con adornos dorados que arrastraban cuatro caballejos, partió camino de la Corte.

La primera cuesta ganáronla las bestias con facilidad, pero en la segunda, algo fatigadas, tuvieron que sufrir el latigazo del conductor, que, jurando y gritando, les hizo caminar al trote.

—*¡Monaguillo!*—dijo fiero, usando a tiempo que la voz la tralla— ¡aup... aup...!! ¡Vamos a ver lo bueno...! ¡Aup! *¡Lucero!!* ¡Duro con la cuesta...!—. Y dando gusto al brazo, descargó sobre los cuadrúpedos el retorcido cáñamo.

Ya al paso, preguntó *Cocheles* al cura.

—¿Qué? ¿Ha habido hoy muchos huéspedes en la casa?

—Regular. Unos treinta baúles y alrededor de cuarenta maletas.

—¡Sí que mueren críos; menos mal que nacen más que se mueren…! En mi vecindá hay un matrimonio que tiene once y eso que él es sereno… El pobre se me queja y dice que la vida es muy pesá…

—Y tiene razón al decirlo.

—Claro que sí, pero yo que le quiero porque es mi auxilio en las nocturnidades del sábado; le digo riendo; ¡carga, que pa eso eres gallego! Y el pobre se ríe…

—¿Y qué va a hacer el hombre?

—¿Con once hijos? Poner un circo…; mía tú el *pater* este…

Riendo estaban sacerdote y auriga cuando desde la linde del camino les saludó Rosario, la mujer de Pablo el marmolista, que era alta y recia y de un color rosado en las mejillas como el de las pomas asturianas, en cuya región había nacido.

—Adiós, María del Rosario—dijo don Narciso.

—Adiós, bonita—gritó el cochero, que luego continuó—: Con ese rosario, a la cabecera de mi cama, me mudaba yo, compañerito de viaje, al partido de ustedes. ¡Ay mi madre y como iba a repasar las cuentas…!

—Guapa sí que es.

—¡Una manifestación! Lo que pasa es que el frío de los mármoles que maneja su hombre se l'ha incrustao en el lao del *garlochí*… [3]

—¡Puede!

—Él, Pablo, que es bueno y trabajador la quiere, pero la quiere con demasiao calma; cuando se es joven como ellos, la calma es en la felicidad, lo que un viaje en carreta al polo Norte… No diré yo que se vaya en berlina [4], porque eso pa un marido siempre es denigrante; pero lo que es en una manuela con llantas de goma y jaca con cascabel, digo… De mí puedo decirle, que cuando me comprometí con mi Braulia en la Casa del Pueblo, las primeras excursiones las hicimos a noventa por hora.

—Y ahora, ¿qué?

—Como la gasolina se acaba y los neumáticos están muy usaos, nos apañamos en la plataforma de un Ventas...; pero siempre al nueve...

—Así tenéis los críos que tenéis...

—Cinco; pero ya hemos echao el completo, don Narciso. ¡Desde hace un año viajamos con pase...!

El cura simpático, que gustaba de las chulerías del funerario, rió con fuerza.

Los caballos, al paso, arrastraban el carruaje cuesta arriba, por eso pudieron oir sus ocupantes la dulzura de un cantar que de la otra parte de la loma llegaba como una lamentación, como un suspirar dulce y prolongado:

Nena, si vas a Langreo
mira muy bien lo que haces,
que la gente de la mina
enamora como nadie...
Marcha con tiento,
no tengas prisa,
que es terreno muy falso
el de la mina.
Y los rapaces
son muy traviesos
y dan conversaciones
y piden besos...

—¡Qué primos son los rapaces!—dijo Ramón—. Los besos no se piden, se toman.

—¿Y las bofetadas?

—Se toman también, aunque son pocas las que las dan hoy en día. ¡S'ha progresao mucho...!

En esto estaban cuando subieron a lo alto de la cuesta.

—¡Anda Dios, pero si el que canta es Juan Francisco, el guarda del

cementerio!

—¡Y qué bien canta! ¿eh?

—De primera. Yo no le he había oído más que coplas andaluzas.

—Que son las de su tierra; es de Sevilla ¿sabes?

—Pues las *cosas* asturianas también le gustan un ratito...

—Lo que quiere decir, que Juan Francisco tiene buen gusto...

—Señor cura, en eso... ¡allá cuidaos!... Yo me acuesto con las cluecas...

Guiñó un ojo el cochero, sonrió don Narciso, y el coche tuvo que pararse ante una taberna del camino, a indicación cariñosa del cantador y de tres amigos que le acompañaban.

—¡Salú a la buena gente!—dijo el mozo, que mirando al interior de la tasca gritó:—¡A ver, *Cañamonero*, toma la orden a estos amigos y sirve de lo que pidan!

El tabernero, un hombre zafio y gordo, apareció en el quicio.

—A mí, una con Selt. [5]

—Yo no tomo nada—rehusó amable el sacerdote—. ¡Estoy a régimen!

Todos rieron; todos rieron porque todos sabían que el cura del Este, más hombre que cura, era de los *buenos* y aun cuando nunca le vieron beodo, alegre sí le vieron. Los comedores de *El Rioja* y los cuartos de *Los Andaluces* podían decir, si pudieran hablar, la historia de aquel hombre que, como a muchos, ataron a unos votos que no querían y que por necesidad hubieron de sufrir. Don Narciso, sacerdote ejemplar en su cometido, era, fuera de sus horas de oficina—así decía él—un hombre muy hombre, que demostraba lo absurdo de una ley que es negación de la Naturaleza y que lleva fatalmente, necesariamente, a una inmoralidad por todos comprendida y por todos disculpada; pero por todos, cobardes, condenada también.

—¿Qué; no quiere usté ni un vasito de lo blanco tan siquiera?

—Gracias, Juan Francisco—respondió el cura—no tengo el estómago para nada; desde anteanoche, un ardor me trae loco.

—¿Ha tomao usté magnesia?—preguntó el guarda del Este.

—¡Mejor es caldo de aceitunas…! [6]—dijo ganando la respuesta el *Cocheles.*

De no mirar severamente el cura al desvergonzado cochero, la risa que quedó en sonrisa, hubiera sido escándalo.

Hubo un instante embarazoso, que llenó el guarda entonando una malagueña:

Mi corazón y mi vida,
serrana, te pertenecen;
pues vives en mis entrañas
aunque muy lejos te encuentres.

—¡Olé lo bueno—gritó Pepe Barrientos, que acompañaba a su novia camino del Este, donde con su tío Basiliso, conserje de la Necrópolis, estaba pasando una temporadita.

—¡El vals de los besos—dijo *Cocheles* mirando a la pareja.

—¡Calla!—ordenó don Narciso—¡que tienes una lengua…!

—¿Digo mentira? ¡Si él en cuanto tiene una hora libre lo deja tóo por ella y se viene hasta el Camposanto a enamorar! Si pudiesen hablar los nichos y las lápidas, se quejarían y con razón del peso…

—¡*Cocheles!*

—No se haga usté de nuevas; si usté lo sabe como yo… Cuando Basiliso, que está chalao por las flores de las sepulturas va y las riega… ¿qué pasa?

—¡Que calles, digo!…

—Bueno; pero ya verá usté como el panteón que está acabando

Pablo y su gente, antes de serlo, va a ser otra cosa... ¡Ya es gusto! Mira que hacer cábalas para una vida feliz y alegre, entre sepulturas.

Juan Francisco obsequió a los recién llegados.

—A mí—dijo Pepe—una de lo negro, y para Anita un refresco de zarza. ¿No?

Sonrió la muchacha, que era baja de estatura como su novio, morena como él y con unos ojazos que no le cabían en la cara. Era Ana una moza como de veinte años, airosa en los andares y graciosa en los decires. De oficio corsetera y modista a la vez, disfrutaba de poca salud, y con su madre, vieja pensionista de un capitán de Infantería ascendido por heroicas inconsciencias desde la modesta clase de cabos, mal vivían ayudándose del imprescindible huésped, y el no menos conocido matrimonio que se queda con la mejor alcoba y gabinete de la casa.

Hermano de la madre era el conserje del cementerio, hombre viejo y al parecer con *gato*, que cuando vio que la sobrina, de la que era padrino, desmejoraba, ofreciose para todo y la llevó con él a sus posesiones.

—Allí, excepto los cadáveres, se está como en la gloria; aire libre; flores en abundancia... Lo dicho, un *chalet* con todas las comodidades del mundo.

Y al cementerio fue Anita en calidad de convaleciente, y como era sumisa y obedecía a todos, muerta de miedo vivió con su tío el viejo y campechano Basiliso...

Menos mal que Pepe, su Pepe, linotipista en el periódico *El Mundo*, la acompañaba desde las seis y media hasta las ocho de la noche, que si no...

Esto contaba el cura al cochero, y lo decía, más que por decirlo, por evitar que la mala lengua de Ramón se cebara en los muchachos, que eran buenos y acabarían las relaciones como Dios ordena.

—Pues sí que es guapa la moza—dijo el del látigo—. Un poco

delgaducha sí que sí; pero eso se arreglaría pronto con unas inyecciones...

—¿De cacodilato, verdad?

—Cá, hombre, cá; de solomillo con pan rayao....

La carcajada de don Narciso fue estruendosa; todos le miraron interrogadores.

—Nada; no es nada; este funerario que es más ocurrente.

La última ronda fue servida y la pagó el cura.

—¿Vais ya para casa?—preguntó a los novios.

—Sí, señor; yo he subido a compras, y Pepe me acompañará...

—Y yo también—dijo Juan Francisco—, que dentro de un rato comienza la santa obligación...

—¡Ya es obligación, vigilar a los muertos!

—Sí, pa que no me los roben los vivos. ¿Vamos?

Se despidieron.

Un fustazo puso en movimiento a los caballos.

—*¡Monaguillo! ¡General!* ¡Aup!—y el coche negro con obscuros dorados partió veloz carretera adelante.

—¡Vaya un *Cocheles;* bebe más que un pato!

—¡Pues, y el padre cura!

—No murmures, *Cañamonero*—ordenó el guarda—, que tu deber como industrial es solo ver, oir y... tomar las perras. Conque hasta mañana si Dios quiere...

Y carretera adelante fueron los novios y Juan Francisco, que al pasar frente a la casa de Pablo, saludó sonriendo a Rosario, que también sonrió, y, no podría jurarlo el novelista, pero pareciole que

los labios de ella se contrajeron como cuando se humedecen con la vibráctil lengua o se inicia una frase o se manda un beso...

Los novios, que iban comiéndose con los ojos, nada vieron. Juan Francisco volvió a cantar otra copla del querer, y acariciando la carabina que pendía de su hombro, miró seriamente al marido de la asturiana, que alejado de todo, labraba unas letras sobre un mármol negro.

A aquella hora, don Narciso encargaba dos cenas en *Los Andaluces*, y el viejo Basiliso regaba un rosal trepador que abrazaba el sepulcro de una recién casada, a la que ya hacía más de un mes no visitaba su marido.

—¿Me quieres?—preguntó mimosa Ana.

—¡Hasta la muerte, hasta más allá de la muerte...!—dijo el linotipista, que también sabía representar comedias.

Aprovechando un momento que Juan Francisco volvió la cabeza en busca del mirar de la asturiana, besáronse.

El sol, hundiéndose, muriendo ya, daba resplandores de llama.

Sobre el terreno encuestado de la Necrópolis blanqueaban en aquella calmosa hora, como huesos calcinados por el sol, las blancas lápidas y las blancas cruces.

De un árbol del camino volaron, con un dulce y suave piar, dos tórtolas.

Alguien suspiró.

Del choque de dos labios nació un beso.

2. …mas, si quieres, te convido a cenar, Comendador

La noche era obscura y tormentosa. Rasgando sus negruras, era el zigzag de los relámpagos siniestra luz que alumbraba el cementerio con cárdenas y cegadoras llamaradas.

Insensible a todo, y guiado por la blancura de las vereditas que entre tumba y tumba clareaban, iba Juan Francisco con paso tardo y perdido.

—¡Tampoco hoy…—se le oyó decir—! ¡Es muy cobarde…!

Y encendiendo un pitillo, sentose sobre el mármol de un sepulcro, ya cerca del Quemadero, y diose a pensar.

Ni el chasquido de un trueno, ni la cegadora luz de un relámpago, ni las lucecicas entre azuladas y verdosas que sobre las sepulturas bailaban una nerviosa y siniestra zarabanda, pudieron arrancarle de sus pensares.

—¡Es muy cobarde…!—volvió a decir—. ¡Le teme, aun le respeta…! ¡Si no le ama, si no es feliz a su lado ¿para qué está con él? ¡Oh, si ella se decidiese…!

Y nervioso, apretó el cigarrillo entre sus dedos, dio una larga chupada y, con un suspiro hondo, echó el humo al aire.

En tales cosas pensaba Juan Francisco, insensible también al ancho gotear de las nubes, cuando pasando por su lado el compañero Indalecio, guarda como él, tuvo que escuchar su saludo y su parla a seguido.

—¿Qué haces aquí parao? ¿No ves que se te viene encima el diluvio? ¿No contestas? Vamos, hombre, ni que te hubiera desahuciao el casero o tuvieses, como yo, once lebreles de los que el mejor es un *Vivillo*… [1] ¿No dices ná?

—Disimule, Indalecio, pero es que esta noche estoy así...

—¿Nurastenia? Pues vente pa el Depósito, en donde nos espera *vesita* y un frasco de dos cuartillos que es talmente gloria de Arganda.

Y el guarda, hijo de sepulturero y nacido en el cementerio mismo, del que seguramente no saldría hasta morir y puede que al morir tampoco, pasó su brazo derecho por el hombro del enamorado y, camino adelante, lo llevó hasta la entrada de la Necrópolis, que es el sitio en que se asienta el Depósito de cadáveres.

—¿Conque visita...?—preguntó molesto el mozo, al ver cómo entre cuatro blandones reposaba un féretro y dentro de él un hombre de edad.

—Nos le han traído a última hora. Un señor rico que ha tenío el mal gusto de diñarla en un hotel de postín. Ya sabes que en esas casas no retienen *fiambre* de esa marca...

Ya.

—Y por eso aquí le tendremos hasta que sea la hora de catalogarle en la sección de adultos.

—Pues te aseguro, Indalecio, que no me agrada la visita.

—¡Bah! ¿Qué nos importa un huésped más? El local está muy ocupao, pero hay que ser generosos... Por otra parte, si la noche se mete en agua, nos conviene su compañía, así tenemos luz de gratis y nos ahorramos los fósforos...

Y confirmando lo dicho y con glacial indiferencia, se acercó a la cama fúnebre y en uno de los blandones encendió un pitillo, que mientras iba hablando lio.

Un retumbar agrio y fuerte hizo que trepidaran las vidrieras del Depósito.

—¡Camaraíta que trallazo! El conductor de toos los mundos debe estar hoy de malas...

Ahora fue un relámpago cegador que, alumbrando como una llamarada de magnesio el paisaje, hizo ver los árboles como espectros; las cruces con sus brazos extendidos imploradoras de gracia, y al fondo, el tapial, semejante a una muralla rojiza llena de sangre, donde ignorados luchadores cayeron de la vida a la muerte con un gesto de terror en las vidriosas pupilas y una angustia fría y punzante en el afligido corazón.

Un estremecimiento que no pasó desapercibido para Indalecio, hizo tremar el cuerpo del mozo.

—Vamos a ver, Juan Francisco—dijo el guarda—. ¿Pue saberse qué es lo que tienes, que desde hace un poco tiempo te veo mustio, y supiras y pa sacarte palabra del cuerpo hay que hacer rogativas al por mayor?

—Ná, ¿qué quié usté que tenga?

—Mal de quereres.

—¿Yo?—dijo entre sorprendido y sonriente el sevillano—. ¡Ve usté visiones...!

—Si llamas ver visiones a verte subío en la tapia por el lao que da a la carretera y cerca de un taller de marmolista, sí que las veo; pero ten mucho cuidao que la cosa no es tan fácil como parece y a lo mejor los mansos son los que más voltean... y dan las cornás más grandes...

—¡Señor Indalecio!

—¡Lo dicho, chaval! Pues, ¿qué te has creído, que no te he guipao la otra noche? ¿Que no te veo toas las mañanas cuando ella va a peinar a las tenderas de las Ventas y tú la sales al paso en el recodo del tejar primero? Pues, sí señor, te veo, es decir, os veo, pero nada más que en la primera parte, que cuando buscáis la hondoná del cementerio nuevo, las piro. ¡Yo no quiero meterme en honduras...!

Como si temiera ser escuchado; temblando ante la idea de que alguien supiera de su amor, miró Juan Francisco a lo que le rodeaba y en voz baja dijo a su compañero:

—¡Pues sí, es verdad; la quiero y me quiere, pero ¡por Dios! que no lo sepa nadie...

—Nadie lo sabe; al menos, yo a nadie lo he oído...

—Es que... ¡usté no pué figurarse como sufro! Ella es buena, aunque... aunque no quiera a su marido; pero es cobarde... ¡Vámonos de aquí! la digo, pero siempre me contesta: ¡Todavía no...! ¿A qué aguarda? Diga usté, ¿a qué aguarda?

—¿Como no sea a enviudar?

—Él no es malo, lo sé; pero no es lo que ella necesita; es frío; es ambicioso; no sabe querer...

—Puede que lo de la ambición sea pa que Rosario tenga más comodidades; lo del frío y la querencia va en temperaturas; la de ella ya la sabrás tú, por más que con mirarla se ve que es de las que acaban tóo el termómetro aunque sea a la sombra...

La salida del señor Indalecio hizo sonreír al muchacho, pero un leve ruido que a su espalda sonó le puso serio.

—¿Qué ha sío eso?—dijo acelerado.

—Ná; el huésped que comienza a descomponerse... ¡Concierto de tripas!

La puerta se abrió y las llamas de los cirios, alargándose, temblaron.

—¡Re... toño, con la nochecita!—dijo entrando en el local un nuevo personaje—. ¡Si me retraso un poco me calo hasta el hueso...!

Quien así habló fue Paco el *Civil*. Un sujeto como de cincuenta años, que de vigilar vivos pasó a vigilar muertos en el cementerio matritense.

Cuando el entrado vio el cadáver púsose lívido.

—¿También neurasténico?

—No te burles, Indalecio—contestó el antiguo guardia civil—; pero

esto no es pa mi persona... Con vivos, tóo lo que sea; muchos he perseguido y algunos de mala entraña; el *Pernales* me tiró a dar y no temblé; pero colocarme ante eso...

—Eso no hace daño. Hasta pués insultarle impunemente, que caballero y tóo no te entrega la tarjeta... ¡Anda, prueba! Llámale ¡maurista!, verás como no...

—¡Indalecio!...

—Ni más ni mangas; que sois más delicaos que una sensitiva y tembláis lo mismo que un flan recién hecho!... Pa este oficio, que dicho sea en confianza no es de los que asesinan, basta y sobra con encogerse de hombros y tener más de un kilo de cuajo... Los muertos, creerme a mí, son las mejores personas del mundo; ni dicen mentiras, y sobre tóo no dan disgustos y mucho menos sablazos...—y viendo que los oyentes reían de buena gana, terminó Indalecio:—Ahora y en vista de que la tormenta sigue, arrastrar ese banco, y sobre esta lata vacía poner las cenas; vamos a darnos el banquete...

—¿Cenar? ¿Y aquí?

—¡Tú estás loco!...

—¿Es que teméis que el manús [2] se llame a la parte? No temáis por eso; ni rechistará siquiera... ¿Verdá que no, compañerito?...

—¡Esto es un escarnio!—dijo secamente el *Civil*.

—¡Como Don Juan Tenorio al Comendador!—observó pálido el más joven.

—Calmarse y sentarse, que traigo aquí un hígado con tomate que quita las penas. ¡A ver si va a poder ser que os vengáis a razones! ¿Qué traes tú, Juan Francisco?

—Una tortilleja y dos racimos de uva.

—¿Y tú, *Civil?*

—Creo que un par de tajas de bacalao y tres o cuatro pimientos

fritos...

—¡Menudo menú! ¡Hasta postre tenemos!

Y quieras que no, hizo Indalecio sentar en torno de la lata-mesa a sus compañeros, que luego de beber del frasco que recordó antes el guarda, se mostraron más habladores.

La charla fue varia; ninguno volvió a recordar al señor cadáver, que dentro de una caja galoneada de oro se pudriera, y en aquel recinto de muerte se habló de vida, de alegre y risueña vida, ya que el mosto puso luz en los ojos y decires felices en los labios.

—¿Habéis recorrido todo el recinto?—preguntó el organizador de la cena.

—Yo sí—contestó Paco—; por cierto que he pescao dentro de los nichos nuevos a más de diez golfos y golfas que dormían.

—¡Vaya una cama!

—No es tan mala... Un poco estrecha sí, pero abrigadita, me río yo...

—¿Estrecha? Pues una pareja se había acoplao en uno de los primeros y tan ricamente que sornaban.

—¡Vaya un viaje de novios!—rió el más mozo.

—Pa quererse, cuanto más estrecha mejor. Mi mejor aventura la disfruté en lo alto de un palomar, ¡calcula!

—Ahora que habláis de quereres, tengo que deciros una cosa.

—Habla, *Civil*, y sin miedo, que nadie más que nosotros pué escucharlo.

—Veréis...

—Antes, bebe...

Y el pintoresco Indalecio llenó un vaso que alargó al ex guardia,

quien después de trasegarlo y limpiar su boca, continuó:

—Lo que quiero deciros no tié gran importancia; pero es pa que lo sepáis...

—Venga de ahí—pidieron a una los oyentes.

—El novio de la sobrina del conserje es de los que hacen que se van, pero vuelven.

—¿Sí?

—Sí. Anoche no quise pararle pa evitar el escándalo; pero a eso de las nueve le vi entrar separando una tabla de las que hacen de puerta en la primera conforme se va pa el nuevo. Por la sombra de la tapia fue hasta el panteón ese que hace un año que están terminando y ni por Dios se termina, y no habían pasao ni diez minutos tan siquiera, cuando la *ella,* la sobrina del Basiliso, que tié más miedo a los muertos que yo, se juntaba con el joven vivo...

—¡A... zúcar...!

—¡Sigue!

—No puedo seguir, porque verlos posesionarse del panteón, oir un beso y salir pa el Quemadero más que a galope, fue cosa de un segundo.

—¡Qué lástima!—exclamó el viejo.

—Lástima, ¿de qué, Indalecio?

—De no haber tenido un cinematógrafo... ¡Vaya una película!

Rieron de nuevo los comensales, y como la lluvia seguía cayendo persistentemente, propuso el *Civil* matar el resto de la noche charlando y haciendo humo, cosa que fue aceptada por sus compañeros y vigilantes.

—Si yo sé esto, me traigo la baraja y nos tuteamos un buen rato.

Sendos vasos de vino tragaron los hombres y acomodados lo mejor

que pudieron hablaron de mil cosas.

—Juan Francisco—ordenó el mayor de los tres—abre la puerta pa que se ventile un poco el restaurant. ¡A este parroquiano le huele un poco el aliento!

Hizo el mozo lo que el viejo dijera, y ya más tranquilo, o más despreocupado, encendió como el otro su cigarrillo en uno de los hachones que daban guardia al muerto señor.

De toros primero; de tabernas después y de la mala administración del cementerio al final, hablaron aquellos hombres; pero cuando el que hacía de jefe comenzó a contar anécdotas, los otros cesaron en la charla y escucharon complacidos.

—¡Pa cosa de gracia la que pasó en Murcia...! Hace ya muchos años y entodavía se ríen los que la conocen.

—Venga de ahí.

—Un poco funeraria resulta, pero en esta ocasión ni a la medida. Veréis...

Dió la última *trompá* a su cigarrillo; pasose el pañuelo por los labios y así dijo Indalecio:

—Es el caso que en Murcia había una casa de *niñas nobles* que regía; o explotaba, como queráis mejor; una mujer gorda que decían la *Morritos.*

Más gorda era que un tonel, y más fresca que una heladora... Eran parroquia de la famosa casa lo mejor de la ciudad; gente *bien* y de dinero; viejos magistrados; curitas sin uniforme, y sobre todo muchachos ricos y de buen humor... Ocurrió un día que varios de estos y en ausencia del ama tuvieron la pecadora idea de cargar con un sofá con asiento de gutapercha que en una alcoba veía y soportaba cuanto hay que ver y soportar, y lleváronselo a la calle...

—Sí que es una broma de las de salón.

—Dicho y hecho, cargaron con él y por las escaleras lo bajaron hasta un callejón que cerca había donde quedó, ya era hora, solo y

sin dueño. La broma no sé si por lo patosa o por lo que hizo reir a la gente y rabiar a la dueña, que quería al sofá como si lo hubiera críao a sus pechos...

—A lo mejor fue aquel la base de su fortuna...

—Quizá que sí, y seguramente que sí, pues a la noche siguiente del rapto y al presentarse los pollos y pretender subir al piso, la *Morritos*, que en eso de adjetivar era preciosista, abrió el chorro y puso a los muchachos completamente perdiditos.

—¿Frases insultantes?

—¡Una espuerta! ¡Qué escándalo! Ellos en la acera y en el balcón la dama se dijeron el acabose... ¡Qué frases! ¡Qué conceptos! Aquello era la academia de la lengua, pero que muy sucia. Tanto y tanto gritaron, que intervino un guardia, y pa evitar el escándalo y no alternar más con aquella arpía, que por boca tenía una atarjea, reasumió los discursos uno de los amigos con estas frases:—¡Basta! ¡¡Basta!! Te has puesto así por una broma un poco pesada, nosotros que cargamos con el objeto lo sabemos mejor que tú...

—¡Bien hablao!—dijo Juan Francisco.

—Pero no te apures, Amanda, así se llamaba, que no solo no pierdes el importe del sofá, sino que vas a salir ganando... «¿Ganando?», preguntó la chai más dulcemente. «Ganando, sí»—dijo el pollo—. «Mañana, fijarsos bien, mañana a primera hora, recibirás a cambio del sofá maldito, la cama mejor que haya en Murcia, ¿oyes bien? La mejor, la de más dorados, la más cómoda, la más cara...» Y volviendo la espalda, marcharon los jóvenes al casino donde escotaron a cien pesetas, quinientas en total, pa mandar el gran osequio a la *Morritos*.

—¡Tóo lo arregla el dinero!

—Y el saberlo gastar.

—¡Aguardarse que ahora entra lo bueno! A la mañana siguiente un coche paró a la puerta de la casa de *niñas nobles*.

—¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí!—dijeron las que estaban aun

levantadas, y todas vieron con asombro, con ojos muy abiertos y asustados, que la cama ofrecida era una cama fúnebre, en compañía de cuatro candelabros y siete u ocho paños negros...

—¡La que armaría la moza!

—¡Mi madre!

—A las pocas horas todos los periódicos de la capital, y en primera plana, publicaban una esquela con muchos negros que decía así:

«R. I. P.
Ha muerto en el Señor a la edad de ochenta y seis años...»

—¡¡Arrea!!

—«La Sra. D. Amanda Pérez *La Morritos*. Su director espiritual y sus jóvenes asociadas participan tan sensible pérdida a sus muchos amigos y favorecedores y les suplican acudan al sepelio, que se verificará hoy... »

—Eso es jugar al *foot-ball* con una calavera...

—Las bromas, pesadas o no darlas...

—No quiero deciros la que estalló; la tía y cadáver, rabiosa, llorosa, quiso salir con un revólver; pero lo gordo vino luego...

—¿Pero es que hay más?

—Todas las *niñas de más o menos nobleza* que en Murcia trapicheaban, acudieron con sus velitos a ver el *fiambre* y... ¡allí fue Troya! La *Morritos,* aterrada, sobrecogida, sufrió un accidente casi epiléptico y todo lo bebido y comido durante la noche se le hizo una bola en el estómago y a punto estuvo de liárselas pa el otro barrio...

—¿Y pasó más?

—Que a la cosa se le echó tierra; que durante muchos años se habló mucho de la cosa y que para evitar complicaciones se buscó un médico amigo que, en lugar de diasnosticar lo que en sí era, dijo

que todo provenía de una mala digestión...

—¡Y tan mala!

—Y que la cosa fue nada más que por la maldecía culpa de un maldecío *asiento*...

Rieron los hombres fuertemente, y comentando la macabra, pero graciosa, ocurrencia, pusiéronse en pie y salieron al Camposanto.

Comenzaba a amanecer.

Un ruido de pisadas les hizo callar, pero cuando oyeron el chirrido de una llave en la cancela de entrada, dijo Indalecio:

—Vamos pa el interior que debe ser don Narciso que vuelve...

En efecto, el entrante era el cura simpático; el filósofo curita que sabiendo compensar las tristezas del día con las alegrías de la noche, volvía a acostarse.

Cuando le vieron perderse en el obscuro pasillo de su casa, volvieron a salir.

—¡Ya comienza a clarear!

—¿Vamos a la requisa?

—¡Vamos!—respondió y ordenó el más viejo, el cual haciendo una reverencia ante el señor, que alumbrado quedaba por los cuatro hachones, dijo ceremonioso:—Tanto gusto, señor; gracias por su compañía y hasta el valle de Doña Josefa... [3]

Cogió su carabina, encendió por última vez su cigarro en una de las luces y salió con sus compañeros.

—Tú—dijo al *Civil*—. mira por la parte de la hondoná del Quemadero; yo veré todo lo central, y Juan Francisco, *como todas las mañanas,* la parte nueva que da al camino...

Guiñó un ojo al joven, éste sonrió agradecido y después de cuchichear un:

—¡Que la goces!—dijo en voz alta—¡Salud y hasta la noche si Dios quiere!...

Cada cual fue a vigilar el terreno indicado, y el joven, lleno de ilusión, camino del primer recodo, donde esperaría el paso de *ella*, para, mirándose en sus ojos, decirla el ansia de su querer.

La claridad venció a la sombra. En los trigales cantaban los pajaricos, y el sol, rojo como un disco de luciente cobre, iba ganando la pina cumbre de los pelados cerros. El rocío puso sobre las flores que empenachaban las tumbas, lágrimas, y los mármoles, húmedos, como si el amor de los vivos hubiese llorado sobre el cuerpo de los muertos, brillaron al sol.

Con recelo miró Juan Francisco a todos lados.

—¡Nadie; no hay nadie...!

La mañana era claridad y alegría. Desde el terraplén oteó el muchacho la carretera blanca y polvorienta. La casa de *ella* estaba aun cerrada; dentro de la cerca contigua a la casa las blancas cruces y los sarcófagos blancos eran, vistos a distancia, como una gran bandada de palomas.

—¡Ya; ya sale!—dijo emocionado el mozo.

En efecto, envuelta en un mantón negro se acercaba la adúltera.

Los minutos fueron siglos. Su corazón, pajarillo preso en la jaula de su pecho, brincaba alborozado.

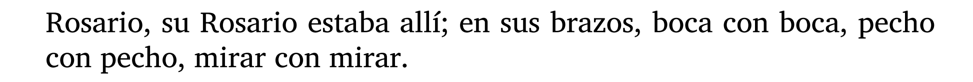
—¡Ya; ya viene...!

Y la mujer de rosadas mejillas se iba acercando al amante que, gozoso, preparaba la frase más dulce y el más ardiente beso.

—¡Ya; ya llega...!

Un temor, felizmente infundado, le hizo desviar su mirar, para posarlo en la casa del marmolista.

Sonrió.


Rosario, su Rosario estaba allí; en sus brazos, boca con boca, pecho con pecho, mirar con mirar.

—¡Mi vida!...

—¡¡Bésame!!

Y... sobre un ribazo cayeron fieramente abrazados, y el sol miroles con fijeza, en tanto que una alondra a ras de tierra rozó con sus alas de terciopelo las hojas de una blanca margarita que, ensuciándose, fue a caer en un charco que como roto espejo dejó la lluvia...

El cascabeleo de una bestia, que por la carretera cruzó, trájoles a la realidad.

—¡Ya no más!—decía la mujer.

—¡Otro beso! ¡¡Otro!!

—¡Déjame...! ¡Se hace tarde...!

Antes de salir a la carretera miró con avidez Rosario.

—¡Está allí!

—¿Él?

—Sí; pero trabaja... ¡Adiós!

—¡Adiós, mi vida!

Acariciáronse por última vez...

Hurtando el cuerpo a las miradas gana el camino, por una cuesta, la mala mujer. Juan Francisco, desde lo alto, la ve marchar y, cuando se aleja, mueve sus dedos que nerviosos envían besos.

Pablo, el paciente Pablo, enamorado de su arte, labra, en tanto, con placer inmenso y purísimo, los largos y finos brazos de una preciosa cruz.

3. Cena alegre y postre triste

—¿...qué, un carro? Un vagón de simpatía es lo que tiene ese hombre...

—¡Si tóos los presbíteros fueran como él...!

—¡Pide tú algo, *Llapisera!* Quienes así conversaban eran dos jóvenes enterradores; Perico el de *Canillas*, recio muchacho que en el pueblo de su mote fue monaguillo y tenía un padre garciprietista a la vez que caminero, y Julián, por mal nombre *Llapisera*, no tanto por parecerse en la cara al torero bufo cuanto por tener como él dos piernas largas y delgadas, que más de dos veces hicieron exclamar al cura de quien hicieron el elogio:

—¡Ay, Julián, que pareces la cabeza parlante *pinchá* en dos agujas de hacer medial—o aquello otro de...—¡Camará [1], y como te crecen los macarrones!...

Pero era tan bueno *Llapisera* que ni por eso ni por mucho más cogía el *canasto de las chufas* [2] y de todo reía y a todo ponía buena cara; no así Perico, que más dado al juergueo que al transporte de cadáveres, se hacía el *sueco* cuando llegaba uno de *libras* [3], y era el pobre Julián con otros dos nuevos; a los que decían *Don Catón* por haber sido pasante en una escuela municipal, y *Expediente*, magno consumero, que gracias a un cuñado munícipe no había ido a la cárcel a responder de uno que se le formara por ser largo de manos; eran, digo, quienes cargaban con lo de peso.

Perico habló:

—¡Lo menos cuatro tartas le han traído al cura! ¡Pues, y de botellas! Sólo *Los Andaluces* han facturao una caja que pa mí que es de Jerez y de lo bueno...!

—Así ocurre tóos los años; amanecer el 29 de Octubre, que según el calendario celebra San Narciso su onomástica, y llegar a este Este cosas de comer, beber y arder, es más verdad—dijo Basiliso terciando en la conversación de los enterradores—que Romanones

cojea.

—¡Y espléndido?

—¡Ah, pero...?—dijo entre exclamación y pregunta el pariente del concejal.

—¡El cuerno de la abundancia con sobrepelliz...! Ya veréis cuando se acabe la faena... Para todos habrá. «¡Todos somos hermanos!», dice el padre cura, y como lo dice, lo hace, que todos beben de su vino y todos salen por esa puerta fumándose uno con sortija grande que creo que le mandan de la propia Tabacalera...

—¿De la Tabacalera?

—Naturalmente; es una prueba de agradecimiento por lo bien que responsea a los múltiples que envenena su tabaco...

Cesó la charla y la risa que la chungona salida del conserje excitara, porque la campanita del cine—así llamaban los enterradores a la esquila que en lo alto de la capilla fúnebre sonaba cada vez que un cadáver hacía su aparición—sonó, y despidiéronse aquellos hombres para cumplir la piadosa obra de enterrar a los muertos.

Todo lo que dijeron de don Narciso era poco comparado con lo que en sí era, pues, como su tocayo el obispo de Jerusalén, era de bondadoso y amable. Como San Narciso, sufrió calumnias y disgustos, y si al otro le acusaron tres bandidos del crimen más espantoso que imaginarse puede, no dicen los libros si terció en ello mujer, pero de suponer es que sí, al cura del Este le acusaron de mil ruindades que no cometió. ¿Que le gustaba al hombre un poco de juerga? ¿Y qué? Dentro de su oficio cumplía como bueno, y en su vida particular, luego de las horas de *oficina*, dueño era de hacer lo que se le antojase, sin escándalo, claro es, y sin menoscabo de su sagrado ministerio. De que era prudente, daba prueba su vida oficial, pues con una criada de años vivía en el cementerio, en igual casa que Basiliso, el viejo enamorado de las flores, y nunca dejó de cumplir su obligación, ni dio motivo para reprensiones del señor obispo; además, que si disfrutaba de su juventud y natural alegría, lo hacía bajo techado, sin que ¡ni el sol ni la luna tuvieran que marcar su rostro con estigma de escándalo. En los reservados de

Niza, *Casa Juan* y *Los Andaluces* no entra el sol, se alumbran siempre con la luz eléctrica.

—Demasiado hago que, no gustándome esto—y se acariciaba la sotana—, la respeto y cuido... Mi madre quiso hacerme cura y cura fui. ¿Qué sabía yo del mundo? De niño me metieron en un Seminario y cuando salí ya era hombre, pero hombre al que sin consultar su conciencia, sin estudiar sus aficiones, hicieron sacerdote por *secula seculorum*.

La seriedad, felizmente, le duraba poco, que en seguida sonreía y exclamaba regocijado:

—Y no me pesa, peor y más malo es ser recaudador de contribuciones o guardia de seguridad.

El día fue de trajín.

Estando en la capilla *hisopeando* a un muerto, entró Perico a decirle en voz baja:

—¡Don Narciso, acaban de traerle dos gallinas, creo que del marmolista de la cá Alcalá!

—¡Bien!

—Dice su criada que como las hace...

Y entre dos latinajos y apartando la vista del cadáver a quien preparaba para el eterno descanso, contestó distraído:

—¡En *pepitorian espesorum*!...

Bajó los ojos al suelo para así contener la risa, y terminó su cometido, no sin antes mirar con ojos preñados de pesadumbre al acompañamiento que indiferente presenciaba la cristiana ceremonia.

Terminó el trabajo, y todos, lo que se dice todos los empleados de la Necrópolis, pasaron por el comedor de don Narciso.

Dulces, pasteles, frutas, hasta fiambres había sobre la mesa en

grandes fuentes y hondos platos y, como guardando el comestible, en línea, frascos y botellas, desde la panzuda de *chartreux* hasta la espigada y rubia de *montilla*. Vino tinto en jarra y limonada en barreño, y junto a la botellona de cuadritos, que era jaula del *Mono* [4], la jerezana de blanco cristal con anís de Cazalla o vino blanco de Rueda. El tarro de ginebra, negro como un pésame, parejo estaba de la botellita de cuello largo y espiritual, que era cárcel de un licor amarillo y muy dulce fabricado por religiosos carmelitas.

Nada faltaba y de todo comieron y bebieron aquellos hombres que aun tenían en la mano tierra y cal y en las hombreras de las negras blusas el olor de los cuerpos podridos que condujeran a los sepulcros.

—¿Pero no coméis?—dijo sonriente el sacerdote convidador.

—¡Gracias!—dijeron a una los preguntados.

—¡Ánimo y arriba...!—exclamó llenando otra vez las copas y cañas que algunos, por no haber sitio en la mesa, conservaban en las manos.

A su indicación trajo la vieja algunos papeles y en ellos puso el cura pastas y dulces.

—Esto para tu madre—dijo entregando el paquetito al de Canillas —. ¡Para tu madre, eh! ¡Para tu padre de ninguna manera; es garciprietista...!

Como todos rieron, tuvo don Narciso que aclarar el concepto y así dijo:

—Medias tintas pa el gato... Yo los quiero rojos o azules; grises de ninguna manera... Ser gris es ser como *eso* del pavo...

Carcajada fue la que entonces se oyó en el comerdocito..

Un canario que en la ventana estaba, contagiado de la alegría, rompió a cantar.

—Estas cuatro pastas de almendra, para tu hija, Julián. Ya sé, aunque no me lo hayas dicho, que tienes una muchacha y que eres

viudo.

—Lo de la chica—contestó un poco turbado el enterrador—es *fetén*, va pa quince años; ahora, que lo de viudo...

—¿Cómo? ¿No se murió tu esposa?

—Precisamente, hace un año, cuando me tenía casi convencío pa lo del casorio.

—Pero, en quince años, ¿no te decidiste, Julián...?

—¡Toma...! Ese es un viaje que hay que pensarlo mucho y después de pensado... no hacerlo... ¡Hay cá descarrilamiento por ahí!...

Si lo del garciprietismo se rió, esto se *carcajeó*; frase de *Expediente*, que, como sus compañeros, tuvo también su regalito.

Quien se fue de vacío fue *Don Catón.*

—No, gracias—dijo—; yo vivo de huésped y soy viudo, pero sin hija; además que el dulce me carea la dentadura y me duelen un porción los colmillos. Otra copa sí...

—¿Jeré, tinto, Cazalla...?

—No, *Mono;* el mono es el que más me distrae...

A propósito de viudos, solteros y casados hablaron aun; de la felicidad del hogar; de la satisfacción de la soltería; de la paz de la viudez y ello dio motivo al capataz Basiliso para que, tomando la palabra, dijera:

—Yo no sé más que una cosa y es esta, que soltero soy, que tengo sesenta años y además una pena muy grande por estar tan solo...

—Tiene usted a su sobrina—dijo rápidamente don Narciso.

—¡La tenía!

—¿Cómo?—dijeron los concurrentes mirando a la joven, que con una flor en el pecho, estaba muy guapa.

—Pues... Lo guardaba pa los postres de la cena a que nos convida usté, don Narciso; pero ya que hay que desembuchar, sea. ¡Ana me deja! ¡Anita se casa...!

El rubor tuvo la virtud de trasladar lo rosado de las hojas que en el pecho lucían, a las mejillas, hasta entonces pálidas, de la moza.

—Sí, señor; se nos casa; anoche la pidió Pepe a su madre y hoy me lo ha comunicao. Luego vendrá a confirmárnoslo.

—Y cenará con nosotros...

—¡Gracias!—dijo ruborosa la joven.

—Diga usté que el día ha sío feliz en el cementerio—advirtió Perico—. El santo del padre cura; la boda próxima de Ana...

—Y... los licores y el mosto que has bebido—gritó *Llapisera* al enterrador, que estaba rojo como un pimiento.

Después de aceptar el último chupito, salieron los hombres dando las gracias al espléndido sacerdote y la enhorabuena a la joven sobrina del conserje, que, en los dos meses que vivía en el camposanto, no tuvo, excepción ¡naturalmente! de los ratos con su novio, otro más feliz que aquel que estaba disfrutando.

Era dichosa, más que por las enhorabuenas recibidas; porque la petición de mano que el linotipista hiciera, significaba dejar el cementerio, alejarse de aquel lugar que era su martirio, pues los nervios, siempre enfermos, ni aun dormir la dejaron con tranquilidad.

¡Qué pesadillas! ¡Qué sobresaltos! ¡Qué angustia oir el volteo de aquella campanita que siendo de timbre alegre era en el fúnebre recinto atrozmente triste! Muchas noches, el chirrido del furgón del hospital la quitó el sueño, y su imaginación volandera iba allí donde el furgón fuese y le veía lleno de cuerpos destrozados, de piernas y brazos sangrantes, en las que el bisturí hizo disección para así estudiar en la carne muerta y luego salvar la carne viva.

Pero no paraba aquí la imaginación de Ana, que sobre las negruras de la noche veía también las zanjas abiertas junto a la tapia, que es

la sepultura de los desheredados, y verter en ella, hasta rebosar, las grandes tinas ahítas de pedazos de carne, de intestinos rotos, de corazones destrozados y cabezas de ojos saltones.

Mucho sufrió la sin voluntad, y todo por agradar al tío, que, según opinión de la madre, la dejaría como única y universal heredera de una bolsa que nadie había visto, pero que por cálculos de la vieja debía estar prieta hasta estallar.

Sonriendo levantó el cura una copita de jerez..

—¡Por la felicidad de Anita y su presunto marido...!—dijo.

Ruborizose otra vez la moza; Basiliso hizo lo que el cura, pero añadiendo a la felicitación esta coletilla:

—Porque sean muy felices y porque los case usté...—todos rieron, pero todos pusiéronse tristes, cuando a seguido añadió—y que sea en la capilla de estas mis posesiones.

No hubo comentario, pues la presencia de Pepe, que agradeció la enhorabuena, y la llegada de los guardas, entre ellos Juan Francisco, puso sobre el tapete la alegría.

Bebiose en abundancia, también abundantemente se charló y cuando fue hora de cenar los guardas dispusiéronse a salir.

—Yo traigo tres sorpresas; una—quien hablaba era el amante de Rosario—, es esto que a escote hemos comprado los tres: servidor, Indalecio y el señor Paco el *Civil*...

Y destapando un gran paquete que bajo el brazo traía, mostró a los circunstantes el trabajo de confitura más original que salió de manos humanas, el cual trabajo hizo reir a los hombres y ruborizar a las mujeres.

Sobre un catafalco de chocolate con herrajes de pestiño y un cristo de mazapán, la figura de una mujer, que Juan Francisco juró era la *Chelito*, bailaba la rumba completamente en paños menores.

—Gracias, muchas gracias—dijo riendo el cura—; pero yo que vosotros la traigo en completa Eva... ¡para lo que falta!

—¡Incómodo no!—objetó el muchacho—. Ha sío una ocurrencia y si tiene o no tiene gracia tié usté que tragárselo…

—Has dicho tres sorpresas. ¿Cuál es la otra?

—¡Esto!

Ahora vieron todos un muñeco de cartón, que con la cara de Belmonte y vestido de cura, mostrábase en actitud de dar un pase de pecho.

—¡Eso tié la mar de sombra!—escandalizó Basiliso—. Como usté por ver al de la mandíbula es capaz de dejarlo tóo; pues por eso…

—Me parece a mí que la idea no es lisiá del todo; el *Civil* se la ha sacao de la cabeza…; claro que por lo grande le cabe, pero está bien. ¿No o sí?

La respuesta fue otra ronda y un gran papelón de confitura, que luego se comerían los guardianes sobre cualquier sepulcro, ya que la luna era llena y clara.

Iban a despedirse los hombres cuando Anita, que se animó con la presencia de Pepe y curiosa como toda hembra, no podía quedarse sin saber aquello… que menos la importara, objetó sonriente:

—Oiga, guarda. Ha dicho usté que eran tres las sorpresas; ¿y la otra, qué es?

—Señorita—atajó el muchacho—, esa es para cuando estén ustedes en los postres. Es la sorpresa final, conque…

—Ir con Dios, y luego, a las once, pasarse por aquí a tomar un poco de tupi… [5]

Al cementerio salieron los guardianes riendo como chiquillos.

—Oye—preguntó Indalecio—¿qué sorpresa es esa que preparas?

—Ya; ya la verás…

—Y la oirás—dijo el *Civil* guiñando un ojo al compañero.

Y separándose con cita para reunirse a las diez en la calle que dicen de San Pedro y en el cuartel núm. 1, fueron los hombres a cumplir su obligación de vigilantes.

Entonces comenzó la cena, que fue abundante y alegre. Hubo de todo; sopa de arroz con menudillos; una langosta a la vinagreta; judías verdes con trocitos de jamón, y de asado, las gallinas que mandó el marmolista de la calle de Alcalá y que en *pepitorian* muy *espesorum* supo poner la vieja.

—La pechuga para el novio—dijo picarescamente don Narciso.

—¡Anticipos no...!—objetó bromeando el conserje-jardinero.

De risa fue la velada; a buen seguro que ni en la *Bombilla* hubieran cenado con más tranquilidad.

—Vamos con el catafalco que han traído esos... ¿Quién quiere la *Chelito*?—gritó el cura. A usted no le conviene Basiliso, la edad lo veda; a ti, joven próximo a conyugar, tampoco, Ana se ofendería...

—¿Entonces...?

—Para mí...; ya procuraré traer a la pecadora al buen camino—y entre borbotones de risa, clavó sus dientes blancos y firmes en el muslo izquierdo de la dulce danzadera...

Frutas en almíbar; buñuelos de viento, ya que solo para los Santos faltaban dos días; huesecillos de mártir; pasteles de todas clases y vinos en abundancia llenaron la mesa, una vez que la sirviente levantó el mantel y retiró el esqueleto de las aves.

—Se me ocurre—dijo el *pater*—ya que la noche está templada y clarísima, que salgamos a la puerta y hagamos allí una mijita de solfa...

—¡De primerola!—respondió Basiliso, que a la cuenta había libado más de lo conveniente.

Y eso hicieron.

Después del café, a la puerta se encaminaron, y fuera ya del sagrado

recinto, tocó el simpático cura la guitarra con más arte y más *verdá* que el mismísimo D. Víctor Rojas.

El paso de la casa a la carretera fué, para Anita, terrible.

Durante la comida, olvidose la moza del lugar en que estaba; pero cuando, al salir del comedor a la explanada del cementerio, vio los cipreses, los panteones y las cruces, sus nervios tremaron con fuerza y el miedo asomó a sus negros y brillantes ojos.

—¡Cálmate, mi vida!—rogó Pepe, que iba detrás de don Narciso y el viejo.

—¡Qué ganas tengo de irme!... ¡Qué ganas...!

—Pronto será y para siempre... a mi lado!

—¡Cómo te quiero...!

—Pues y yo a ti, ¡mi negra!

Y otra vez se pudo demostrar que cuando dos enamorados quieren besarse, lo hacen indefectiblemente, aun cuando se movilice toda la Guardia civil para impedirlo.

Rasgueó la guitarra; una malagueña lloró en sus cuerdas y la voz de Juan Francisco, que de la obscuridad salía, cantó a plena voz.

Con ningún amor del mundo
puede mi amor compararse,
porque el amor que te tengo
le da celos a mi madre.

—¡Olé! ¡Viva lo salao...!

El bordón lloró otra vez; dijo la prima la agudeza de un quejido y el rasguear sobre las otras cuerdas pareció en la noche como el lamento de un enamorado que gimiera por un querer muerto...; luego salió don Narciso por soleares, que quieras que no, tuvo que marcarse Anita sobre los chinarros del camino...

Gitana, te quiero tanto

que yo no estoy en la Gloria
hasta que estoy en tus brazos.

—¿Es esa la sorpresa?—gritó el cura al oculto cantador.

—No; no es—respondiole Juan Francisco desde la obscuridad.

—Pues acercaros...

—¡Pasao un rato, señor cura!

Cogió Pepe la guitarra, que con arte la sabía tañer, y el cuplé de moda fue lo que la guitarra cantó entonces.

—¿Les gusta «El ladrón»?

—¡En presidio...!—repuso el sacerdote.

La respuesta hizo gracia al concurso, y el enamorado dejó la *sonauta* sobre las rodillas para decir a la joven una frase de ardiente y fiero amor.

Ya no se habló tanto como al terminar la cena; la digestión comenzaba y una modorra se apoderó de los cuerpos.

En voz baja charlaban el jardinero y el cura de la fiesta de los Santos, ya tan próxima, y los novios, aprovechándose del diálogo, dialogaron también, haciendo nido de muelles esperanzas y ardientes sueños para el día, no lejano, en que pudiesen volar y ser libres.

Tan dulce era el decir del muchacho, intoxicado ya por la literatura que compusiera en la linotipia, y tanto accionó cerca de su hermosa prometida, que ésta, tremante, a punto estuvo de gritar su gozo.

De pronto, de repente, una luz vivísima iluminó el camposanto y un estallido siguió a la luz; la moza dio un grito y en un estallar de nervios fue a tierra.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—¡El accidente!

Todos acudieron a sujetarla.

En sacudidas violentísimas estremecíase aquel cuerpo menudo y bello como el de una tanagra.

—¡Tírale del dedo corazón!—decía el viejo a Pepe.

—¡Sujétela usted las piernas!—ordenó el cura al viejo.

Y la guitarra rodó, y del interior de su caja salió un quejido.

En la obscuridad un árbol de fuegos artificiales dio a la noche la vana coloración de sus bengalas; y en tanto Anita, presa de un fuerte ataque, gritaba enloquecida. Juan Francisco riendo fuertemente preguntó a gritos desde el negro fondo:

—¡Eh! ¿Qué tal? ¿Qué tal? ¿Les gusta la sorpresa...?

4. Haz bien pero mira a quién

—Yo creo que no debías marcharte—dijo el padre cura—. La noche está muy negra; el camino es malo y la gente de los tejares peor.

Pero Pepe agradeció el ofrecimiento que don Narciso hiciera para que se quedara en su casa hasta el día, y salió carretera adelante después de dejar a su Anita completamente bien del ataque de nervios que la fiesta de pólvora la produjo.

No era gran prisa la que tuviera el mozo por llegar a Madrid, pero un algo que no podía llamarse miedo aunque sí preocupación, le alejó del camposanto en donde solo por un caso de fuerza grande o suma gravedad hubiera dormido.

—No es que yo crea que van a salir los descarnaos a tirarme del índice o a cosquillearme en las napias, pero la verdad, me produce reparo y más que reparo repugnancia el pernoctar en el Este.

Juan Francisco, que se prestó a acompañarle hasta el límite de sus posesiones, echose a reir.

—Los muertos son, amigo Pepe, la mejor gente del mundo; ya ves tú si lo serán que hay vivos que le roban y con eso y tóo achantan la muí. [1]

—¿Que les roban, dices?

—Sí; que se saltan el sétimo mandamiento a la torera. No hace mucho que se llevaron de un panteón una crucecita que pesaba sus ocho arrobas y unos gramos.

—¡Don Hércules metido a ladrón!

—Por ahí le va, que el que arreó con ella le llaman el *Ochoa de los cien kilos bruto.*

—Y la vigilancia en el cementerio ¿pa qué sirve?

—¿Te paece a ti que con tres hombres que somos hay bastantes pa

vigilar una legua de diámetro? Y eso ahora, que la cosa está arreglá, que lo que es antes...

—Antes, ¿qué?

—Antes, hasta levantaban la «capa», así llamamos nosotros a la tierra que cubre, bien al adúltero, bien al párvulo; abrían luego las *maletas* o los *baúles* y se najaban [2] hasta con el pelo de los *helaos* [3].

—¡Mi madre, qué estómago!

—¿Tú, t'has fijao en unas comadres que venden trenzas por las plazas y que luego sirven pa añadidos de las pelonas? ¿Sí? Pues de cuasi tóo es provedor el depósito de cadáveres y la sala de autosias del General. ¡Un negociazo, chico; un negociazo! Pues, ¿y de ropa? Tóo va por esas calles que en cuanti [4] y que le güelen los perros, aúllan.

—Pero ¿es que los trajes de los muertos también...?

—En un puesto del Rastro que llaman del Segundo, tien [5] los cadáveres su ropero. ¿No recuerdas haber leído hace poco que detuvieron al encargao de los cadáveres del Hospital por ser largo de uña y corto de aprensión? ¡Vaya un tío aquel! A la calle salió a poco de ser detenido, y salió porque avillelaba pasta amontoná con el producto de la cadaverina... El tío *Espeztro* le llamaban; yo le conocí; era viudo por tres veces y tenía una hija talmente un cránio desmondao con pendientes de oro ful y zapatos de tafi-badana. El modo de robar era primitivo, pero productivo sí que sí... Oye y púrgate luego. Se muere un desgraciao, le meten los mozos de sala en una camilla y hala pa el depósito; lo primero que hay que hacer con el visitante, pa que luego los médicos puedan rajar, es el afeitao de to; pues bueno, to lo afeitao, se lo llevaba la chica del *Espeztro*, ¿qué cómo? Todos los medios días iba la moza con el cocido—que mano a mano se tragaba con el autor de sus malas noches, y luego, en la cesta de la comida, dándose el caso de que los pelos y los gabrieles sobrantes, viajaran juntos, los metía entre los colchones temerosa de un chivateo.

—¡Qué asco!

—Las ropas, si abultaban mucho y no podían ir en la cesta, se las ponía la *Macaría*, que a tal nombre respondía la sucia, como pechuguita, eso que de eso estaba bien, o de caderamen. ¡Las veces que su novio habrá tanteao el chaleco de un ánima bendita creyéndose que era el integrante de la moza!

Rio Pepe.

—¿Qué ocurría si el trapo resultaba de mucho bulto? Entonces el *Espeztro*, que era delgao y huesoso, se lo colocaba debajo de su ropa y... tan ricamente. En seis años que fue rapa-muertos hizo su agosto; una casa tié en Bellas Vistas...; no te digo más.

—¡Camará, qué tiazo más atravesao!

—No es extraño, su abuelo fue verdugo de la Audiencia de Badajoz, y su papá, que murió en Ocaña, recaudador de contribuciones...

—¡Vaya un árbol genealógico!

—Como pa colgar a la familia.

Pitillo tras pitillo llegaron los amigos al límite del cementerio, acercáronse a la tapia para encender uno, ya que el viento no permitía hacerlo a la intemperie, y cuando ya se disponían a separarse, el ruido seco de un disparo les dejó atónitos.

—Ha sío un tiro, ¿verdad, tú?

—Tal parece.

—Y pa mí que dentro del cementerio.

—Así es.

—Vamos a verlo, no sea que...

Y tras el guarda, que saltó la tapia, por aquella parte a medio levantar, fue el mozo.

Al fondo, los nichos nuevos se abrían como obscuras madrigueras donde un día se ocultará la muerte.

Hizo la nerviosidad que el joven linotipista tropezara con el saliente de los sarcófagos, sepulturas y panteones; una zarza que crecía al borde de un caminillo, enganchósele a la americana tan fuertemente que Pepe sintió el pavor que sintiera al verse sujetado en la sombra por la mano de un asesino.

—¡Juan Francisco!—dijo sin poder disfrazar el miedo.

—¡Calla! ¡Párate!—ordenó el guarda—. ¿No oyes? Paece que corre gente en esta dirección. ¿Serán mis compañeros?

Y a gritós llamó:

—¡Paco! ¡Señor Indalecio!

Los dos hombres contestaron.

—¡Venir!—gritó el guarda a tiempo que para dar punto de cita se subió a un montón de tierra y fumaba con fuerza para que la lumbre de su cigarro se destacase.

A poco, los cuatro hombres se reunían y hablaban.

—¿Lo habéis oído también?

—Claro que lo hemos oído, y que ha sido disparo de arma—dijo Indalecio.

—Disparo ha sido—afirmó el *Civil*.

Buscaron con la ayuda de una linterna sorda que llevaba Juan Francisco.

Un rato estuvieron de aquí para allá; al fin, vieron que sobre una sepultura yacía un hombre vestido de negro.

—¡Suicidio tenemos!

—Y fuera de hora, que es lo malo.

El muerto era un joven; su mano derecha sujetaba un revólver y sobre el mármol del sepulcro veíase una carta con franja negra.

—¡Yo le conozco!

—Y yo.

—Y todos—terminó el *Civil*—, es uno que venía cuasi toas las tardes y se atracaba de llorar y de regar las plantas.

Sin pedir permiso a nadie, tomó Paco la carta, la leyó y luego dijo:

—Pobrecillo, ha hecho pero que muy rebién con dar al pistolón...

Pepe Barrientes no preguntó lo que la carta decía; pero al leer la inscripción del mármol se lo explicó todo.

Después de una cruz y antes de unas fechas había estas palabras:

Primero tú, madre del alma;
luego, mi hija adorada;
y al fin mi amada compañera,
¡qué solo estoy!

Los hombres callaron; de no conocerles, alguien, al verlos, pensarían que rezaban.

Después de un rato, dijo el *Civil:*

—Hay que avisar al puesto de las Ventas.

—Eso de seguida.

—Yo iré; así como así—quien hablaba era Juan Francisco—le hago un favor a este, que está pasando un mal rato. Hasta el cuartel iremos juntos y luego cada cual a su negocio; tú, a la ida, yo, a la vuelta.

Quedáronse haciendo compañía al muerto los dos guardas, y Pepe, con el amante de Rosario la del marmolista, siguió carretera adelante.

Un buen rato caminaron silenciosos.

Madrid, a lo lejos, mostrábase cual la mole negruzca de una

fortaleza; aquí y allá, débilmente alumbraban algunos faroles, y la luna, más pálida que otras noches, era en lo alto, como una calavera.

—Parece—dijo al fin Juan Francisco—que vas una mijita de preocupao.

—Sí; esa desventura me ha producido mucha pena.

—¡A mí no...!

Como el muchacho se sorprendiera, el guarda tuvo que añadir:

—No, Pepillo, no... La pena hubiera sido que ese hombre siguiera viviendo con su dolor. ¿Qué era vivo? Un desgraciao con corazón y sin quereres; muerto, descansa y no sufre; díme ahora si no es pa felicitarle y mandarle una postal a su nuevo domicilio en el purgatorio.

Rio fuertemente tras lo dicho, y como Barrientes protestara, siguió su discurso.

—No te pongas de esa conformidad, joven y futuro consorte; deja que la gente ría o llore y cuídate de tu persona. Hay que pensar en su majestad «mangue» antes que en los demás; si yo fuera como tú eres, y con las cosas que me han ocurrido, me había dao ya la absoluta pa el otro barrio, pero que hace una multitud de días. Pero no lloro ni me tiro al suelo por eso, y pa demostrarte que mi alma está templá como las espadas, y pa que espantes el frío que te acogota, entra en mi compañía a esa taberna que está cerrá pa la justicia y abierta pa los borrachos, y tómate una de anís que es lo indicao a estas alturas.

—Pero... ¿y el muerto?

Serenamente, respondió el preguntado:

—Déjale; ¡ese espera cuanto haga falta y sin cansarse...!

Le empujó suavemente y a la taberna entraron.

Unos hombres, escandalosamente beodos, hablaban de la guerra;

sobre un velador pintado de almagre jugaban al mús cuatro tejeros de rostro feroz y manos rojas que el polvo de ladrillo hacía parecer sangre.

—¿Cómo por aquí?—preguntó el tasquero a los recién llegados.

—A buscar a los guardias.

Los que discutían suspendieron el diálogo; miraron a la carabina de Juan Francisco y tras pagar, silenciosos y huraños, salieron a la calle.

—Has llegao que ni con sello de urgencia, ¡Gente más pelmaza! Hace más de dos horas que dan la murga y total pa dos jarros de lo barato.

—Les conoces.

—No y sí. Me paecen de esos que visitan gallineros a deshora.

—¡Ya!

—En cuanto han oído nombrar a los del tricornio, ya t'habrás fijao, ni en exprés...

Sirvió el tabernero, bebieron los amigos y luego de contar el motivo del viaje, salieron a la polvorienta carretera Juan Francisco y el bueno de Pepe, ignorante de que aquella misma hora soñaba su Ana con un amor grande, un cuartito muy chico pero con mucha alegría y un tiesto de claveles y otro de albahaca.

Cerca ya de la desembocadura del camino de Vicálvaro, esto es, entrando al barrio de las Ventas, separose el guarda de los muertos.

—Oye—le gritó a distancia—¿quieres que te dé escolta siquiera hasta el puente?

—No; gracias; ve a lo tuyo.

—A lo del otro, querrás decir, y no te digo que me acompañes hasta el cuartel de los guardias porque son de lo más pelma... Ya ves; si se enterasen de que tú habías visto también el cadáver, te habías caído

pero que con tó el equipo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No te asustes, chaval; te habías caído, digo, porque a cuenta de tener citas tós los días y declarar dos horas después de haberte citao, perderías medio jornal y la paciencia. Yo no tengo más remedio, que si no... Lo mejor en esto es no saber ná, no haber visto ná...

—Gracias por el servicio, que no es flojo, y hasta mañana si nos vemos.

—Hasta mañana y que descanses, Pepillo.

Unas campanadas llegadas de lo obscuro e invisible, dijeron las tres. Confrontó Pepe su reloj y vio que «iba en punto».

Todo era silencio en el barrio del ruido. Las tiendas, cerradas; algún farol medio apagado; un sereno con paso tardo examinando el cierre de las puertas, y sobre un montón de inmundicia, la figura siniestra de una mujer escarbando, y la de un perro famélico que a gruñidos protestaba de la intromisión de la vieja.

Cuando más creyó el muchacho que la soledad y el silencio le hacían compañía, las notas chillonas de un organillo advirtiéronle que algún rezagado apuraba a tan avanzada hora la colilla de una bacanal.

Tras los vidrios del merendero de *Barriga* había luz. Un taxi de alquiler esperaba a la puerta.

—Si no estuviera tomado—pensó—, lo tomaba, pues de aquí a Lope de Vega hay una longaniza más que regular.

Pensando en esto se hallaba el mozo cuando la puerta del merendero se abrió y con la bocanada de una luz amarillenta, que fue en la noche mancha de fuego, salieron a la calle dos hombres y tres jovenzuelas de vestido descocado y risa escandalosa.

Uno con cada una subieron al coche y cuando la tercera iba a hacerlo, la portezuela fue cerrada con violencia, dio el antipático

artefacto un respingo, y calle arriba escapó, con las risas plebeyas y sonoras de sus ocupantes.

—¡Canallas! ¡Hijos de la Puta...! ¡Mar... mitones!—quedó diciendo la de a pie, que lloraba con desesperación y angustia.

En la noche sonaron agriamente sus palabras y sus quejidos.

El piano cesó de tocar; las luces del merendero se apagaron, y Pepe, condolido de la desventurada habló:

—¿Qué la ocurre? ¿Por qué llora?

—¿Usté a visto acción más sucia que la que han hecho conmigo? Me traen; me comprometen y luego... ¡Por mis muertos que a ellas las rajo la cara, y a ellos...

La rabia fue paño que secó su llanto.

—No se desespere, joven; no se desespere porque no conseguirá ná... Con gritar y con amenazar, ¿qué gana?

—Es que lo que han hecho...

—¿Va usté pa Madrid?

—Pa allí mismo voy—respondió la muchacha.

—Pues entonces la acompañaré; llevamos el mismo camino.

A la boca de la hembra asomó una sonrisa, y por sus labios salieron estas palabras:

—¡Gracias, simpático...!

Y juntos fueron camino de la Puerta del Sol, que es, por si alguno lo ignora, el sitio de donde parte la calle de Alcalá, o por mejor decir, ya que es lo clásico, la carretera del reino de Aragón.

—Y usté, ¿de aonde viene? De alguna juerga, de seguro.

—Sí; vengo de juerga, vengo del Este.

—¡Mi madre y qué humor, del Este a estas horas! Sí que estará distraído y concurrido el local.

Contó el linotipista, que era sencillo y efusivo como buen madrileño, el por qué de paseo tan extraño, sin omitir el amor que por su novia sentía, ni lo que ella le amaba.

—¡Ya es suerte!—dijo mitad sentimental, mitad envidiosa, la abandonada—. Un hombre de tipo; un hombre de corazón y que además enamora en el cementerio... ¡Eso es la dernier [6]; como que si se ve en película paece filfa...! [7]

—Pues es verdá.

—Basta que lo diga un moreno tan guapo como tú...

Un poco alarmado dejó a Pepe el tuteo, pero se alarmó más cuando advirtió en su brazo un brazo de aquella mala mujer.

Un estremecimiento de repulsa corrió por los nervios del joven.

—¿Es que te molesto?—preguntó ella contrariada.

—No; molestar no... ¿A qué y por qué?

—Me había parecido...; además, que si alguno de la bofia me ve desapartá de un hombre puede que hasta me detenga, y así, de tu brazo no pué meterse ni molestarme.

Al cruzar por junto a un farol advirtió el muchacho que su compañera y desconocida no era fea; un poco demacrada y algo ojerosa, eso sí, pero de boca fresca y dientecitos blancos.

—¿Qué me miras, salao?

—La cara, si es que pué ser.

—En toas partes, riquín. Un poco despeiná voy, que esos canelos son por de fuera señoritos muy requetebién, pero por lo interior cerdos de muchas libras... ¡Su sangre, y que no se convirtiera en aguarrás y yo tuviera una cerilla a mano...! ¡Me han hecho una horná, pero que de pan de picos!

—¿Y quién te manda vivir como vives, pobre mujer?

Parose en seco la chula.

—¡Ah, pero es que a estas horas te sientes hermanito de la doctrina? No es que me moleste lo que has dicho ¿sabes?, pero como lo que no tié remedio no lo tié, pues pecho al agua… Esta noche me han largao el paquete, pero en el mundo tó se cobra si el que tié la factura tié también riñones, y yo los tengo ¿sabes?; pero a lo que iba; me has preguntao, chacho [8], que pa qué vivo así, y te diré que porque no puedo vivir de otra manera. Cá cosa pa su cosa y yo pa divertir y divertirme; desde chiquirritita, en mi casa, he visto esto y no se otro oficio; casi herencia. ¿Qué quiés que te diga después de esto?

—¿Y por qué no has probao a ser honrada?

—Sí, he probao; sí, una vez me puse de doncella y al enterarse la señora de que la ayudaba mucho, colocó mi badul [9] en el descansillo… Menos mal que el señor fue consecuente y nos puso a mí y a mi chulo un pisito en Tres Peces, [10] tres.

El cinismo de aquella mujer asqueó al linotipista, pero la chulería, que iba envuelta en la desvergüenza, le hizo sonreir.

—¿No te parezco demasiao fresca?

Y como Pepe no contestara, ella insistió:

—Con franqueza y sin enfadarme, dime lo que pienses.

—Has dicho que eres un poco fresca, y eso es poco, eres completamente helada.

—Pa helao tú, ¡rico…!

Cuando llegaban por cerca de Pardiñas notó el joven que a pesar del fresco de la noche él no lo sentía, y que si los labios y los dientes de la mujer resultaban bonitos, sus ojos, que brillaban como azabaches, eran muy grandes e intensamente negros.

Ella se dio cuenta del examen.

—¿Me vas a retratar, cariño? ¿Te gustan mis clisos [11], negrazo?

—Sí; son bonitos.

—Pues tuyos son si los quieres.

Ya no fue ella, que fue él quien apretó el brazo que era soporte del de la moza.

No pensó el muchacho, de suyo pensador, que si lo hiciera, se hubiera encontrado una mijita ridículo al enamorar a una del arroyo, en la negra noche y por un camino solitario y sin luz.

A una indicación de la mujer se sentaron en uno de los bancos que junto a la verja del Retiro enfilan.

—Miá tú que es mala sombrilla—exclamó la ella—. Ná está abierto; ni un coche; ni un café... y con el gris que sopla. ¡Vaya un aliento que se trae Don Guadarrama!

Mimosa, apoyó su carita menuda en el hombro de Pepe; uno de sus brazos enroscose al cuello en tanto el otro lo pasó por debajo de su barbilla.

—¡Qué bueno que eres! ¡Vaya un amigo que me he encontrao...! Si no es por ti, menuda noche me chupo haciendo solitarios...!

Él, ya algo entusiasmado, pues los brazos de la encontrada eran suaves y prietos, la acarició y se dejó besar con saña inexplicable.

—¿Sabes una cosa, nene? Lo que debíamos de hacer es apretar el paso, ir a mi casita, y como mi mamá estará completamente roque [12]... chundarata... [13]¿quieres? ¿Di?

Era Pepe un hombre previsor y algo tardo en sus decisiones y aun cuando la mujer le gustaba y aun cuando a su lado hallábase contento, un sentido, en vela, le dijo que no aceptara el envite, pues muy pronto debía casarse y tristísimo había de ser que por una imprevisión dolorosa tuviera que suspenderse el festejo que con tanta ansia esperaba.

Ella que no se vio complacida, insistió:

—¿Es que no contestas? ¿Es que no te gusto?

—Mucho, sí; pero... Hoy ya es tarde; tengo que madrugar... ¿No te parece que es mejor mañana...?

De nuevo la mujer le abrazó y él, que ante todo y sobre todo no era un José, aun cuando así se llamase, supo pagar el regalo con otro regalo que, gracias a la presencia de un sereno que escamado les espiaba, no tuvo toda la importancia que parecía iba a tener.

Entre caricias más o menos ruidosas llegó la pareja frente al Banco de España, donde ella, con gran sorpresa de él, se despidió aceleradamente.

—Pero ¿qué bicho t'ha picao, chica?

—No; nada... que me voy por Barquillo; que mi madre debe estar escamá por lo que tardo... Mañana, si quieres, nos veremos. En el café de Correos... A las ocho.

Habló con tal acelero la mujer, que Pepe, al verla cruzar la ancha calle, díjose, mitad triste, mitad pícaro:

—¡Qué cabezas tienen todas! ¡Pobres! ¡El vicio y el vino les embrutece!

Despacio y por el Prado fue a su casa.

Al cruzar por cerca de la fuente de Apolo se lavoteó las manos; luego, en la fuente de Jesús, la boca.

Antes de llegar a su vivienda, ya fríamente normal, dedicó un recuerdo lleno de pasión a su Anita adorable, y otro triste, al pobre suicida que, sobre la losa cubridora de sus seres amados, esperaría aún con el arma tan fría como su cuerpo, la visita del juez de guardia.

Al cruce de la calle de San Agustín, una mujer quiso detenerle ofreciéndole amor, pero Pepe corrió como un niño asustado, abrió a prisa su portal y entró poco después en su alcoba.

Al desnudarse advirtió sorprendido que le faltaba el reloj.

Pensó un instante y luego, sonriendo, dijo examinando otro de oro que tenía sobre la mesa de noche:

—Me está bien empleao por primo y estúpido... Menos mal que era falso, tan falso como han sido sus caricias y sus palabras...

Apagó la luz; durmiose a poco y soñó que Ana, su Ana, se reía de él de manera alegre y sonora.

5. Don Juan Tenorio y la romería de los difuntos

A cuenta de rendir tributo de recuerdo, van, carretera de Aragón arriba, cientos de gentes. No asoma a sus ojos la pena hecha lágrima, ni a su boca un suspiro que acuse dolor.

Van por ir, porque van otros, porque de luengos años han visto que el día de los muertos hay que comprar flores y cirios, como por Nochebuena se mercan zambombas y por San Antonio tiestos de albahaca. [1]

Es la costumbre; la estúpida y cristiana costumbre.

Los tranvías ruedan ahitos de gente; las tartanas, que horas antes fueron vehículo de fiesta y gozo, abarrotadas van camino del cementerio; en los collerones de las bestias cantan los cascabeles, y los chasquidos de las largas trallas hacen dúo al vocear de los contentos mayorales.

¡Quién dijera que van a los toros!

¿Fiesta? ¿Duelo? ¡Bah! En este día de los difuntos, estas palabras son sinónimas.

El paso de los romeros del dolor es saludado en las Ventas por canallas organillos que, con sus cadenciosas habaneras y chulapas mazurcas, parecen burlarse de la pena y el lloro. Las puertas de las tabernas, llenas de bebedores, dicen también su burla en cantares bárbaros y gruñidos de borracho.

Hasta la vendedora de *castañas calentitas*, y el churrero que, entre la pestilencia de un humo negruzco y mal oliente, luce su blanco mandil, también parecen reirse de los que a la ciudad de los muertos van.

Todo es ruido y algazara. Suben al aire los pregones como gritos de desafío; las risas suenan también, y rebozadas en mantos negros

cruzan bellas mujeres con ramos de flores y velas amarillas.

La cuesta de Vicálcaro, camino es de personas vestidas de obscuro que, a distancia, semeja ringlera de hormigas; al granero van, al granero donde los gusanos tienen su festín y en donde los sepultureros catalogan los muertos como un bibliotecario cataloga sus libros.

Corren desbocados los flácidos pencos que con trabajo arrastran las viejas jardineras; un coche fúnebre, que antes llevó un cadáver, es ahora transportador de unos palafreneros de pelucas blancas y miradas de rufián.

En la puerta del camposanto y en toscas mesas, unas descaradas mujeres venden flores, y como enjambres de sucias moscas van y vienen un ejército de mendigos que, con plañir mentiroso, piden o amenazan.

Así comenzó el día de Todos los Santos, por eso el señor Basiliso, más atareado que en ningún otro día, autorizó a Ana para que no estuviera en el cementerio y marchase a Madrid con su madre.

—La criada de don Narciso ha quedao en darme el *coci*, [2] conque...

De ahí el que Pepe, de acuerdo ya, viniese en su busca muy de mañana, y juntos, haciendo planes, fueron en contra de la corriente que en dirección al cementerio iba bullanguera y reidora.

—Si te parece—dijo el mozo—, en vez de ir a casa de tu madre, donde solo penas oirás, podíamos comer en cualquier lao; luego, veríamos *Don Juan Tenorio*, y ya anochecido la vuelta pa aquí. ¿Te parece bien? ¿quieres?

De perlas pareciole a la muchacha la idea y aparte de negarse a ir a un reservado, pues todo llegaría con el tiempo.... lo planeado tuvo ejecución.

En un café comieron, y en la Puerta del Sol miraron la cartelera.

—En el Español empieza a las cinco...

—No; ahí no, que saldremos tarde—dijo Anita.

—En el Circo dan tres veces el drama; la primera a las tres y media...

—¡Pues ahí...!

Y del brazo, mirándose a los ojos y tropezando con los transeúntes, pasaron los novios la calle de Alcalá.

Frente al Suizo una florista ofreció a la joven un ramo de dalias rojas, y un vendedor jorobado púsose *pelma* hasta conseguir que Pepe la mercara un décimo.

—Si nos toca, lo que nos toque para la luna de miel.

Rieron la idea y gozando por anticipado de la dicha que el viaje de novios, caso de que la suerte les ayudase, iba a procurarle, entraron por la del Barquillo.

—Espera, mi vida, que voy a comprar unos caramelos.

En un quiosco, dentro del cual un hombre tocado de gorro blanco hacía manipulaciones extrañas con una pasta blancuzca y viscosa, compró Pepe esos dulces que tienen una estría verde si son de menta; amarilla si contienen limón y roja si el buquet del caramelo es a fresa o naranja.

Ya en la puerta del coliseo, mujeres y muchachos voceaban diversas mercancías.

—¡Tres números del *Piripití* por cinco céntimos! ¡Para entretenerse en los entreactos!

Una vieja les ofreció pestiños de mieloso aspecto; otra *alvellanas* y *cacahués*, y pasteles una más joven, y flores dos rapazas con más mugre en la ropa que en la cabeza pelos.

—El drama *Don Juan Tenorio* por diez céntimos! ¡Los versos mejores de la obra! ¡Diez céntimos el drama *Don Juan Tenorio!*

Quienes así voceaban eran unos mozancos, esos que atruenan las

calles gritando persistentemente el *horrible crimen* que... no se ha ejecutado y sirve de pretexto para estafar a los tontos de perra chica. [3]

Entraron.

La animación era grandísima. Como hora prima, el teatro estaba lleno de niños, militares y criadas; esto molestó un poco a la moza.

—¿Qué quieres que hagamos? Como hay que ir pronto al Este...

Los versos del Tenorio comenzaron a sonar con la musical armonía que el alma del poeta puso en ellos. La escena de la hostería, cuando:

«...Don Juan se arrojó
y escrito en este papel

está cuanto consiguió...»

fue aplaudida por las mujeres más que por los hombres. Las burladas aman y amarán siempre a los miserables como Don Juan Tenorio más y mejor que a los hombres dignos.

¿Por qué? ¿Quién lo sabe?

La psicología femenina es más extraña a cada momento que pasa; ama la mujer lo moral y sale a la calle provocativa e insultadora; odia al diablo y le busca en los placeres, que también anatematiza, y puesta a ser extraña, es mística a una hora y pecadora a la siguiente. ¡Qué bien dijo quien dijo que la española mujer, es una mezcla absurda de Sor Patrocinio la de las llagas, y la árabe famosa, aquella que «folgaba con el rey Rodrigo, del Tajo en la ribera».

La escena de los ovillejos gustó mucho a la sobrina de Basiliso.

—¡Qué bien suenan los versos! ¡Qué bonitos! Parecen música!

—¡Y lo son...!

En el entreacto miró Pepe a la gente que llenaba la grada; de pronto

sus ojos se fijaron en un hombre.

—¡Sí; es él...!—dijo, pero lo calló; no era conveniente que Anita supiese aquello; por otra parte, Juan Francisco, que no era otro que el visto, se portó bien con él las muchas veces que, valiéndose de la obscuridad, entró en el cementerio y con Ana se ocultaba en el panteón casi terminado.

—¡Allá cada cual con sus asuntos!—dijo el linotipista; pero no pudo ahuyentar la idea de aquel criminal adulterio donde un hombre bueno era escarnecido y un honor burlado.—Se conoce—pensó—que Pablo debe estar en el camposanto trabajando o cuidando lápidas y sarcófagos y ella... Pero ¿cómo pudo ella estar con el amante en el teatro y a aquella hora? ¡Bah! Para la mujer no hay nada difícil, todo lo allana su valentía... Habrá buscado un pretexto; las parroquianas; el santo de una; cualquier cosa... y el pobre marido que trabajaba para su María del Rosario, confiado y alegre y puede que orgulloso de tener y mostrar al mundo la mejor hembra de la tierra y la más hacendosa y la de mejor corazón, allí en la romería de los muertos ganando el pan que la boca de una mujer comería, luego de con ella haber besado la boca de su amante.

Púsose triste el mozo, pero Ana embebida con la «escena del sofá» ni se dio cuenta de ello, solo sus dedos finos y tremadores decían la impresión que recibiera, en fieros apretones de manos que Pepe toleraba entristecido.

—¡Mi amor!—suspiró ella al oído del novio, dando rima a la amorosa escena que se representaba en el tabladillo...; y miró el hombre a los adúlteros y observó, acongojado, que también la otra miraba al guarda y que cerca de su cara tenía su cabeza y que sus manos se enlazaban como las de Anita a las suyas...

Pero el acto terminó; calmáronse los ardores de la mujer, y Pepe, mirándose en los ojos de su novia, convenciose de que era amado y de que jamás faltaría Ana a sus deberes como hacía la picara Rosario con el flamenco guardián que dos noches antes fue inconsciente autor de la anarquía nerviosa que su prometida sufriera.

El acto macabro, el de las estatuas, era escuchado con terror por el

auditorio. Aquel falso cementerio producía a los espectadores escalofrío, en tanto los que en el Este, pisando la carroña donde sus deudos y amigos estaban, sonreirían. Pensando en esto, la imaginación de Pepe Barrientos, se dijo:—En el otro cementerio estoy. En los largos brazos de las siniestras cruces, cuelgan coronas. Las lápidas, muy limpias, parecen tener orgullo de que los mirones sepamos el nombre del muerto; en los cirios luce el penacho de las doradas llamas. Un sacerdote de gesto indiferente y mirar frío, pasea su gorda personalidad entre los romeros, y allí donde le pagan, dice su oración. No hay silencio en el sagrado recinto; se vocea, discute y ríe como en cualquier otro espectáculo; persona hay que, al borde de la sepultura del ser amado, come y bebe como antes lo hizo en la pradera de San Isidro o entre las arboledas de la Florida.

Gente, mucha gente; luces, flores y guiños de mujer.

Lágrimas, pocas; lamentos, ninguno.

Bueno y... ¿para qué?

Con amargura se preguntó esto el joven.

¿Para qué, si mentira lo es todo?...

Las luces, al terminar el penúltimo de los actos, pusieron en los ojos de Ana un brillo encantador que cegó al enamorado y le obligó a pensar.

—No; todo no es mentira; su amor no miente—y como estaban en la fila última de la grada, pasó un brazo por su talle y la abrazó con ansia fiera.

—¡Ay... Pepillo y... cómo te besaba ahora mismito!

—Calla; luego, cuando volvamos...

—¡Mi vida!

No es Amor, es Deseo quien manda y los cuerpos se juntan y los revoltosos pelillos de la mujer cosquillean el cutis del hombre que quisiera, por un instante, ver fundidas las luces, estar solo con ella y

gritar en mordisqueantes besos el placer de ser amado y la alegría de sentirse amador.

Los versos suenan imploradores:

«Si un punto de contricción
da a un alma la salvación.»

llora el burlador sevillano a las puertas del cielo, como diciendo a las pecadoras del mundo:

—No ser cobardes; amar, gozar, disfrutar hasta la hartura, que luego se os perdonará si luego tenéis un instante para arrepentiros...

Por eso las mujeres adoran a Don Juan, porque él las indica el portillo por el que entra el pecado y sale a seguido la absolución.

—¡Qué bonita es la obra!—dice al salir, Ana.—¿No te gusta, Pepe?

—¡Oh, mucho!—responde el mozo, que no juzga prudente disertar acerca de la inmoralidad que encierra el famoso drama fantástico-religioso...

Salen a la Cibeles, donde toman un tranvía.

Ya anochece.

Por los tejados de Madrid húndese el sol en un poniente de escarlata.

Al llegar a las Ventas montan en un carricoche, que al cementerio les llevará.

Río negro es la muchedumbre que vuelve del camposanto.

—¡Cuánta gente! ¡Cómo estará aquello!—dice Anita, y a una, piensan los dos en igual cosa y ven los vehículos asaltados con salvaje acometividad y oyen protestas de viejas, lloros de niños, juramentos de Varón que se confunden con el vocear de los mayorales.

—¡Eh! ¡A las Ventas; dos reales a las Ventas!

No hablan, pero miran los enamorados a los que cruzan por cerca de ellos.

La noche viste los campos de sombras; por lo azul ruedan unas preñadas nubes semejantes a gigantescas águilas.

Un grupo de muchachos y muchachas que, primero en voz queda y luego a gritos, cantan canciones populares, les hace sonreír. Parecen sus voces de alegría, como grito de cautivo que escapa de su prisión; de una prisión a la que irán, a la que iremos, irremisible, fatalmente.

Con la alegre caravana va también el amor; que aquel mozo pinturero de rasurada faz y ojuelos de sátiro abraza y luego besa a la muchacha rubia que junto a él camina; aquel idilio pone en los labios de Pepe deseos de besar y besa con fuerza.

La vida, el amor va con ellos.

En la ciudad de los muertos brillan muchas luminarias. A distancia parece el camposanto el fondo de una decoración de gran ciudad donde el placer viviera y la fiesta reinase.

—¡Quizá los muertos continúen la farsa!—piensa, sonriente, el enamorado...

En la puerta de las tabernas dicen los beodos las valentías que cuerdos no se atrevieron a decir, y es en las botellas sangre el rojo vino y son los mirares de las mujeres promesas de querer.

El día ha terminado. Ya se ha cumplido con los difuntos; ya se acabó la comedia. Los muertos que lo saben ¡cómo reirán en sus sepulturas y qué trágico desprecio hacia los comediantes asomará a su boca desdentada y honda!

—Entre el camposanto, lleno de losas blancas y de siniestras luces, preferible es ¿verdad, morucha? un merendero alegre.

—Ya lo creo que sí—dice la moza estremeciéndose de placer.

—¿La muerte? ¡Bah! No merece la pena...

¡Hay que vivir! Hay que vivir sin temblores. En el libro de la vida está marcado nuestro fin; queramos o no, a él iremos con sumisión de esclavos. ¿Por qué temblar, entonces? ¿Por qué llenar de preocupación nuestra alma si ello ha de ser? Lo mejor, lo agradablemente mejor es amar, gozar... Y pensando y diciendo su sentir amoroso, besó Pepe los labios rojos de su amada. Los cascabeles de las bestias, borrando el chasquido, fueron en la noche como cantar de alegres jilgueros. Para nada vivían los muchachos sino para su querer, y los mirares fueron llamarada y ascuas los labios.

De pronto el mozo quedó serio.

—¿Qué tienes? ¿Te pasa alguna cosa?

—No; no es nada.

—¿Entonces...?

No contestó Pepe, que mirando al camino, vio en el centro de él a Pablo el marmolista con ceño duro y arrogancia delatora.

Cuando el carricoche pasó la casa del hombre que acechaba, gritó el mozo:

—¡Para, cochero...!

—¿Qué? ¿Qué te ocurre para mandar parar?

—Calla; sigue tú; yo iré de seguidita. Si pregunta el tío, díle que me he quedado en la puerta con unos amigos... ¡Voy pronto!

—Pero...

—¡Calla...!

En la obscuridad se perdió el muchacho. Unido a un grupo de romeros, que cargados de vino y de coronas volvían a Madrid, pasó cerca del hombre celoso, sin ser visto...

Algunos coches cruzaron en dirección contraria a su caminar, pero iban vacíos.

—¿Habrán huido?

Hacíase esta pregunta Pepe cuando los vio venir por junto a la cuneta.

—¡Buenas noches!—dijo en voz baja.

Sorprendidos quedaron los amantes.

—¡Juan Francisco, sepárate de esa mujer!—volvió a decir.

—¿Cómo?

—Su marido acecha... ¡y si os viera juntos...!

—¡Dios mío!—gimió la adúltera.

Hubo un momento de trágico silencio, que rompió el linotipista.

—Como ustedes, hemos visto el Tenorio y al volver y mirar la actitud de Pablo he dicho: ¡Debo avisarles! ¡Es de conciencia!

Juan Francisco no habló; su mano fue de hierro apretando la de quien tan bueno era para ellos.

—Tú, ve serena—dijo el guardián—y si pasa algo da un grito, yo no me separaré de la tapia...

—¡Tengo un miedo!

—¿Te acompaño?.

—No; eso no; yo iré firme y tranquila.

—Mañana—dijo—a la hora de costumbre; a las siete... ¡Adiós alma mía!

En la obscuridad se perdió la mujer; los hombres quedaron mirándola.

—¡Gracias; muchas gracias, Pepillo!

No contestó el muchacho y juntos abandonaron la carretera para,

entrando en el cementerio nuevo, llegar a la tapia, antes que Rosario llegase a la presencia del marmolista.

Cuando esto acontecía, la negra noche se hizo claridad; por los cerros de Vicálvaro asomó la luna como enorme rocíela de brillante plata.

6. Del palacio de la muerte hicieron nido de amor

—¿Y qué?

—Me ha dicho que pudo convencerle; pero pa mí que el bovino s'ha escamao. ¡Peor para él! Quiera o no, Rosario será pa mi persona...

—¡Es que es su marido!—objetó Pepe.

—Un marido no es un furriel; el cariño no se reparte a toque de corneta, y si no le quiere, debe dejar a la criatura a su aire... Yo la quiero ¿sabes? y ella a mí con ceguera. Y si es así, como es, ¿por qué razón o motivo no vamos a disfrutar de la mutua satisfacción que los dos queremos disfrutar?

En parte concordaba Pepe con las opiniones del vigilante.

—La hembra que no cumple su deber matrimonial con el hombre que la llevó a su lado, debe largarse, pero que pa siempre—se decía el muchacho—¿Que la cadena que amarran los curas es para toda la vida? ¿Y qué? ¿Va el marido a soportar lo que no es pasable nada más que por eso? No, señor. La dignidad está por encima de lo bendecido, y sobre todo, que rompiendo con lo malo ganan los dos; ella porque es libre y él porque se libra de ella... ¡Esposa! ¡Vaya un titulejo! Si hasta resulta antipático...; ¡huele a cárcel y sabe a cardenillo...!

En esta situación de ánimo fue aquella tarde Pepe Barrientes a ver a su Anita.

—Yo la propongo—díjose al entrar—que casaos, bueno, pero que enyugaos, nanai... [1] ¡Los señores curas no condenan al hijo de la señora Eulogia, mi madre, a cadena de las perpetuas...! En el Juzgado municipal lo arreglan mejor, sale más barato, y sobre todo, que no me ponen de rodillas como a un chico, ni me hacen sacar la lengua...

Y dispuesto a decir esto y cuanto se le ocurriera acerca del asunto, pasó Pepe al comedor del tío Basiliso en ocasión de no estar él y sí Ana, pero... más guapa que nunca y con un mirar de los comprometedores y un mohín de los que invitan al asalto.

Y... ¿qué va a hacer un hombre ante la débil fortaleza? Lo que hizo el muchacho, besar hasta morder y prodigar los abrazos tanto que la moza sofocada y nerviosa tuvo que decirle...

—¡Loco! ¡Loquillo de mi alma! No me estrujes así que me vuelves mochales y se saltan hasta los automáticos de la blusa...

Y los automáticos saltaron y los dedos febriles de Pepe hicieron sabias cosquillas en los senos de ella que, con mirar turbio y voz ahogada, suspiraba.

—¡Ay! ¡No sé qué me pasa! ¡No sé cómo estoy esta tarde! ¡Tengo unas ganas de que me quieras...! ¡Ay!...

—¡Mi vida!

—¡Bésame! ¡Más fuerte! ¡Más...!

En efecto, estaba transfigurada la moza; tenían sus ojos un brillo así como si dentro de las cuencas hubiese lumbre; y los pechitos temblaban incitadores, y en los labios resecos había algo de ese respiro jadeante de los que sufren calentura y piden con ansia un poco de agua fresca...

—¡Vida...! ¡Cómo te quiero...!—musitó ronco el muchacho.

—Sí; dime que me quieres; pero mírame, bésame al decirlo, quiero que tu voz entre por mi boca y corra por mi cuerpo... ¡Ay, Pepe! ¿Qué tengo? ¿Qué me pasa? ¡Ardo; tengo fiebre...! ¡Nunca te he querido así...! ¡Ay, y qué loca me pones...!

Y un fiero abrazo que repretó las carnes y un beso duro que hizo chocar los dientes, dio potente muestra de que la lujuria, galopando en el loco potro del amor, acortaba distancias e iba ganando la suave cuesta que conduce al pecado.

Rendida quedó Ana; de pie; su novio, que la miraba enloquecido.

—¡Quiéreme!—musitó la hembra en un aliento.

Y la quiso de nuevo; con besuqueos húmedos y fuertes, con abrazos martirizadores que hacían comprensible el placer del cilicio, y ya no se contentaron los nerviosos dedos con acariciar las blancas pomas, que hasta las piernas bajaron y al contacto de su piel, más fina que la misma seda, fueron audaces y, exploradores, llegando allí donde la senda de la vida comienza a florecer...

—¡Ay, mi Pepillo! ¡Mi amor! ¡Quita, quita que me muero...! ¡Ay! ¡Me muero...! ¡Que... grito...! ¡Ay! ¡¡Quita!!!

Al supremo espasmo cerráronse los ojos y la boca sonrió como sonríe un niño cuando sueña.

Pepe se ahogaba; sus dedos, colgados iban a lo largo de su persona; el golpetear de las venas dejó calor en sus sienes y un gusto a sangre caliente paladeó su lengua...

Viéndola vencida abrió una ventana y miró a la noche.

El airecillo le animó; pero un olor a tierra mojada y removida puso en su olfato una nueva excitación lujuriosa.

Pero no, aquello no debía pasar, pronto se casarían y entonces... entonces era la sazón.

De su pensar vino a sacarle un abrazo de mujer.

—¡Quiéreme! ¡Adórame!

Se besaron de nuevo.

—¡Ay, qué rico es, mi Pepillo! ¡Cómo me da pasión! ¡Otro beso! ¡Otro!

Y la moza explicó tartamuda, silabeando; de un modo incoherente, roto, aquel placer hasta entonces desconocido.

—Es, ¿sabes?, como cuando se tiene sed y se encuentra un manantial, pero, ¡Ay, mi vida!, que siendo el agua fresca y rica no satisface, no consuela. ¡No! ¡Tengo más sed! ¿Me oyes? Más que

antes; más que cuando no sabía del fresco manantial...

El cerebro del linotipista evitó la catástrofe, y del talle de la hembra tiró para fuera de la casa, y Anita, consciente, como si temiese que el amor se escapase, quiso retener al hombre en el comedorcito; pero más pudo él, y abrazados salieron a la glorieta del cementerio.

Ya ni las cruces, ni las sepulturas, ni los negros cipreses que balanceados por el aire semejaban dispuestos vigías, asustaron a la moza.

El ansia de vida que en su ser palpitaba venció al miedo de la muerte.

Detrás de la capilla se ocultaron; del mármol de una sepultura hicieron asiento y ni su frialdad, ni la frialdad de la muerte que bajo el mármol pudriera, puso en sus corazones pavor.

Se besaron otra vez y otra y ciento y mil y cuanto más se besaban, más calor sentían en su sangre, más fuego en sus ojos, más picazón en sus labios.

Un quejido de los chinarros del camino, al ser pisado por uno de los guardas, les suspendió un tanto; pero cuando el ruido dejó de oirse, otra vez gustó la hembra del placer que agrada, pero no satisface...

—¡Aquí estamos mal!—objetó el mozo—. ¡Vamos a otro sitio!

No contestó Ana; se dejó conducir.

A punto estuvieron de caer, pues abrazados y mirándose iban por entre las sepulturas...

—¿Al panteón?

—Sí, al panteón—contestó él.

Allá, a lo lejos; sobre las negruras de la callada noche, un color rojizo, como si Madrid ardiera, manchaba el cielo.

Los enamorados entraron en el panteón sin observarlo.

Bajo su cúpula, que nació para albergar la muerte, ocultose la vida; una vida de juventud y esperanza; una vida ardiente y gozosa que sabía poner risas sobre los pesares y calor sobre los sepulcros; una vida joven y audaz, que era en aquel callado retiro como un triunfo de alegría y fe.

Los pulidos jaspes, los mármoles trilladores, fueron espejos de aquella amorosa felicidad, y hasta un angelote de blanca escayola que para modelo de uno que en berroqueña se labraba, testigo fue del amor de los muchachos, y hasta creyeron estos, sonriendo, que sus alas blanquísimas eran como otros brazos que ampararían los suyos cuando cuerpo sobre cuerpo se hicieran cadena.

—¡Qué gusto quererse!—dijo mimosa la mujer.

—Y también qué alegría... ¿Verdad?

Espasmo fue; locura fue aquello.

Las manos del mozo, ágiles, diligentes, salvaron obstáculos, venciendo resistencias, fueron allí donde un templado y suave placer piaba por ser acariciado.

Suspiros; rotas frases se dejaron oir y atados por los nervios los cuerpos tremantes vinieron al suelo.

¿Quién dijo que la tierra es dura? ¿Quién aseguró que la roca hiere? ¡Miente quien tal dijo!

La tierra, el mármol, la berroqueña, cama muelle fue para los enamorados; suave como la piel del topo; blanda como la pluma del ánade.

Al principio no hubo palabras, ni besos, ni mordiscos; un respirar angustioso, un grito de dolor que a poco se tornó en de placer, y el respiro ahogado, y el callado beso, y el mordisco martirizante, y para final, como roja enseña conquistada a la vida, unos linos albos teñidos de púrpura; un mirar manso y vergonzoso en la hembra y la laxitud templada que sigue a la pelea.

Al incorporarse, abrazados con más fuerza que nunca, sus cuerpos chocaron con el frágil pedestal que sostenía al ángel y el ángel cayó

al suelo rompiéndose en pedazos mil.

Las rotas alas quedaron deshechas sobre la huella blanda que dejaron los cuerpos.

—¡Mi Ana! ¡Mi vida!

—¡Tuya! ¡Para siempre tuya!

Y lloró la moza el placer de serlo, sobre el pecho jadeante del mozo que la amparaba con sus fuertes brazos.

Él, entonces, miró detenidamente, con arrobamiento, la nariz de pura traza, los labios carnosos y rojizos, la frente espaciosa y tersa, y el pelo azabachado, y las cejas pobladas y negrísimas, y el óvalo de la barbilla torneado y fino como un huevo de paloma.

La besó con fuego.

—¿Me querrás siempre?

—Hasta morir.

—¿No te cansarás de mi persona? ¿No me despreciarás por... esto?

La respuesta fue cogerla y levantarla en alto, como si aquel, su grande amor, fuese la santa hostia, y sentándola luego sobre los restos del ángel caído, la besó suavemente en los ojos y con pasión que la hizo llorar, en la alta frente, tersa, brillante, como una luna veneciana...

7. La rosa del muerto

Pasó la noche un poco desasosegado.

La amorosa escena danzó por su cerebro sin descanso y tanto en la somnolencia como en el sueño profundo, vio Pepe con más claridad y mayor relieve todos los detalles de la dulcísima aventura.

Los ojos de su Ana hechos ascua, por fusión de amor y deseo, eran en la noche del sueño como dos luceros brilladores que alumbraran la senda de su vivir.

Lógico hubiera sido que tras la brega durmiese más que de ordinario, pero no fue de ese modo; aun no habían sonado las seis y el sol apenas alumbraba, cuando el enamorado dejó el lecho.

A una pregunta de su madre, contestó:

—Me duele un poco la cabeza; voy a dar un paseo a ver si se me despavila.

Así lo hizo.

Calle abajo fue hasta el Salón del Prado, donde los árboles, dejando caer sus hojas tapizaban los paseos de un oro muerto semejante al que se ve en los viejos marcos y cornucopias de empañado cristal.

Pensando muy en lo suyo, dejose llevar por el misterio hasta el lujuriante y versallesco Retiro, y en un banco de frente al estanque reposó.

Las quietas aguas del navegable charco eran aquella mañana, fría pero serena, un cristal gris donde el sol, temblando, se miraba.

—¿Qué habrá ocurrido desde anoche? ¿Me habrá visto alguien al salir? ¿De qué conformidad estará ella?

Las preguntas fueron tan atropelladas, que no pudo el buen José contestárselas tan a seguido como desease, y más preocupado con la situación, y más nervioso por lo que ella pudiera traer, decidiose a

no acudir a la faena y sí a marchar sin perder minuto al cementerio y enterarse por sí mismo de cuanto ocurriese, si es que algo ocurría.

Cruzó aprisa por frente a la Casa de Vacas solitaria, abandonada y silenciosa; luego por ante el armatoste-escenario donde canturreaban en el Estío un saldo de cupleteras que así solazaban a viejos cínicos y niñas tan cursis como pobres, esas anémicas jovenzuelas que no encontrando salida posible en el matrimonio buscan en el cuplé o el baile la salvadora solución de una mísera vida en la que ayuntado con el hastío vive la farsa.

La impaciencia del linotipista se hizo mayor, y asaltando rápido un tranvía de las Ventas, a la altura de la puerta de Hernani, llegó hasta la plaza de la Alegría con deseo de ser viajero de una de esas tartanas de pardas muías que en las postrimerías de su existencia solo hacen ya el camino del camposanto.

Pero ocurrió que todos los carricoches estaban ocupados, solo en uno, y por consideración de una joven, pudo acoplarse el mozo.

Eran cinco, seis los carruajes llenos; buscó Pepe el carro fúnebre que siempre va a la cabeza de estos coches, y no lo halló. Como era prudente, nada dijo, aunque las ganas de averiguarlo fueran muchas; pero si la ausencia del muerto le extrañó, admirole más el ver que sus compañeros de viaje eran personas finas y que, en su coche y en los otros, muchachas de porte distinguido y ademanes corteses llevaran sobre sus faldas y en cestas, que los tartaneros colocaran en las bigoteras, flores muy variadas.

¿Qué sería aquello?

Poco tardó en saberlo; la conversación de los señores se lo dijo.

—No ha querido pompas de ninguna clase; nada de cintajos ni coronas, ni tampoco ese rebaño de gentes que van tras los muertos más que por devoción por vanidad.

—¡Qué gran enseñanza!—dijo un joven rubio; y la muchacha, con sentido cariño, añadió:

—¡A no darla el maestro...! ¡Era tan sencillo el pobre!

Ya entendía el mozo y entendió más cuando oyó un nombre: D. Francisco, alma y luz de la Institución Libre de Enseñanza; hombre bueno, santo varón que, para figurar en el calendario, solo le faltaba creer en lo que aquellos que figuran en sus hojas creyeron.

Aquellos muchachos y aquellas muchachas que al Este acudían con tanta tristeza como entusiasmo, eran los discípulos del muerto glorioso que supo educar corazones y cerebros firmes, que supo hacer un ensayo de humanidad pensante capaz de sembrar el Bien, el Amor y la Justicia.

Cuando más embebidos iban, y más entusiasmado escuchaba Pepe los elogios al maestro que fue llevado en un furgón a prima hora, el mayoral de la tartaneja dijo volviéndose hacia los ocupantes:

—Ahí mismito...—y señaló el pretil del puente del arroyo Abroñigal —cayó muerta la pobre...

Nadie entendió lo que el hombre decía, y, como alguno pidiese aclaración, el conductor tuvo que darla.

—Pues ná. Yo vivo, ¿saben ustés?, en Pueblo Nuevo, y por eso me enteré cuando vine a la cuadra a dar el pienso a las bestias.

Miráronse todos con asombro.

—Pero ¿qué hablas? ¿De qué te enteraste?—preguntole impaciente el linotipista.

—¿De qué va a ser? De lo del toro.

—Pero... ¿De qué toro?

La curiosidad creció en los oyentes.

—Pero ¿no han oído ustés na? ¿No les han dicho lo que ha pasao? ¡Mi madre y qué garata! Es un suceso más que dramático; ¡si no se habla en el distrito de otra cosa!

—Di ya lo que sea, si es que quieres decirlo, y no nos tengas como en ascuas.

Después de limpiar sus labios, dar una chupada a su cigarro y escupir con fuerza, el tartanero continuó:

—Hoy es fiesta; hoy es domingo...

—¡Sí!—respondieron casi a coro los del coche.

—Y por ser fiesta, hay toros en la de Madrid; por cierto que matan el *Nacional* y Merino, que son dos barbis en lo tocante a los de cuatro remos y dos agujas. [1]

Poco faltó para que alguien riera. La joven que iba hombro con hombro de Pepe preguntó a este entre sorprendida y asustada:

—¿Usted sabe qué idioma habla ese bárbaro?

—El que se cursa en el patio de caballos y el café Inglés.

El parlador continuó luego:

—Venía, como tengo dicho, de mi casa, y cuando llegaba por frente al último tejar, oigo cencerreo y voces y griterío de por la parte de Canillas... ¡Ahí viene el encierro!, me dije, y de verdá que el encierro era, pera de pronto, una voz que vino Dios sabe de dónde, gritó: «S'ha escapao un toro!» ¿Pa qué? Lo primero que hice fue buscar de una ojeá el árbol más a mano y; como un gato perseguío por chicos o perros, que allá se van en mala entraña; me encaramé en una rama. De eso de temblar como la hoja en el árbol puedo yo dar señales aunque lo he catao y lo cato tóos los iviernos cuando de madrugá salgo de casa y saludo al gris mañanero.

—Pero ¿el toro pasó por el camino?

—¡Digo si pasó! Bufando iba como un marío a quien quitan la consorte y los trastos y la hucha... ¡Aquello era, créanme ustés a mí, como pa haberlo peliculeao! Después de que najó el jabonero [2] y sonaron los cencerros del cabestraje, me quedé más tranquilo... Los mansos; en esto de los toros, son, y ustedes disimulen; las personas más decentes.

No hubo más remedio que reir. Pepe, que ya se impacientaba, dijo nervioso:

—Bueno; bien; pero de la muerta ¿qué?

—Despacio, señorito; que aun queda tiempo pa contar cómo pasó y cómo fue.

—Habla ya, pesao.

—¡Voy; voy! No se arremoline que la película tié sus partes y vamos ya con la última.

—¡¡Venga...!!

—Como dije antes, pasó el huido mismamente que la pólvora; a un panadero de Alcalá le destripó el serón; a una trapera de la Elipa la dejó pa servir de zorros, y al llegar al puente que hemos visto, fue cuando fue el caos, el *sumún* o si se quiere, la hecatombe...

—Sigue.

—De *Los Andaluces*, que pa eso del juergueo tié servicio permanente como las funerarias, salieron a tal hora, que es la de los churros, unos señoritos con unas que... llamaré señoritas por aquello de que hay que ser fino cuando se está de servicio... ¿y qué creerán ustés que pasó? Pues pasó que una de ellas, pelinegra, con más cara de rifadora que de hermanita de los pobres, se plantó en mitá de la carretera, se abrió de mantón y... ¡señores, qué verónica! Aquello fue como pa comérsela y darla de principio dos orejas con dos pendientes de los de postín; pero de pronto, el bicho se vuelve, la torera se prepara, el bruto embiste y por los aires se vio un pelele con una corná en el pecho que al caer a tierra la llenó de sangre... ¡Rediez, qué momento, ni cuando suena la campanilla del viático dando el tercer aviso...! El toro siguió; los civiles le tiraron de largo y la gente que corría fue adonde la mujer estaba dando las últimas boqueás; los ojos, los tenía abiertos, como asustaos, y los dientes, rechineantes, que solo de recordarlo me da escalofríos...

—¡Pobre mujer!—dijo alguien.

El tartanero continuó:

—Luego, lo de cajón [3]; el juez que llega, el furgón que carga y una menos a la lista...

Aunque la pintoresca descripción era para reída, como el drama fue bárbaro y sangriento, todos callaron.

Pepe, sin saber por qué, sin explicárselo, pensó en aquella otra desventurada que días antes encontró y acompañó hasta Madrid y que por hambre, que solo por comer se roba, le llevó su reloj con la promesa de ir a esperarle a la noche siguiente a ese café que en la Puerta del Sol está y que es guarida de prestamistas y cubil de busconas.

El sol, en lucha con las nubes, alumbraba a la tierra a intervalos.

Con las tartanas y jardineras mezcláronse otros coches que al cementerio iban a rendir el tributo postrero al muy santo varón que, como Jesús, amó a los niños sobre todas las cosas.

A lo lejos, los barrios cercanos a la Ciudad Lineal, eran como tenderetes donde un loco comediante pusiera a airear su vario y colorinesco equipo de trabajo.

Un hombre, tras unos bueyes, abría en los rastrojos anchos surcos donde luego dejaría la semilla que el beso del sol y la caricia de la llovizna haría germinar hasta nacer el grano, santo alimento de los hombres.

Ya iban llegando al cementerio; de la altura, divisaron los viajeros, a la derecha, el católico, grande, enorme, con muchas cruces y muchas lápidas; a la izquierda, un recinto pequeño, un jardín en el que enterraban con igual indiferencia que si sembraran coles, Perico *El de Canillas*, *Llapisera*, *Don Catón* y el pícaro *Expediente*.

Aquel rincón de paz rara vez era visitado por los que al cementerio de enfrente acudían; unos, por la prisa en volver a la Corte para ir muriendo; otros, por superstición y miedo a condenarse.

Gracias al amor y caridad de un grupo de buenas mujeres, a las que no califico de santas por no molestar a las de enfrente, no era aquel recinto sagrado un erial, pues el constante cuido que de él hicieran, lo convirtió en vergel; por sobre las tumbas, empenachados y recios tendíanse los rosales; las madreselvas y campanillas, igual que serpientes, se enroscaban a largos palitroques que manos piadosas

supieron colocar a la vera de los sepulcros, y el geráneo, y los alelíes, y los claveles sangrantes como corazones, eran flores de vida que como conciencias de justo miraban sin empalidecer a la muerte, que era allí soberana.

Uno de los coches que primero llegaron fue el en que iba Pepe Barrientes.

Su intención primera fue visitar a Anita, pero parte por curiosidad, parte por sentir en su ánima mucho de lo que a aquel grupo de gentes conducía hasta el borde de la tumba de un hombre grande por ser sabio y bueno, le hizo seguirles en su paso.

Un grupo de pobres, ese enjambre molesto que vive de la caridad de los que al camposanto acuden, se juntó a la sombra del tapial.

—¿Sabéis que al que van a dar tierra es un judío?—cuchicheó una vieja.

—Judío pué que sea, pero la gente que viene es de influjo y empaque.

—Y que es verdad.

—Entonces, ¿pedimos o no pedimos?

La pregunta fue hecha por un lisiado borrachín y parlador.

Todos los congregantes de la mugre y el plañir mentiroso, contestaron afirmativamente.

—El dinero no sabe de religiones.

—Ni el hambre tampoco.

—Si es judío, mejor que mejor, porque así será más rico, y la gente que por él viene *sudará* más.

—Tié razón la *Pie josa*, ¡que los del otro lao son más roñosos...!

—Ayer—objetó una ciega que era conducida por una niña fea y descarada—los del entierro del marqués, el de los ocho caballos, no

nos dejaron ni mota.

—Yo—interrumpió un viejo piadoso—casi estaba por no pedir. ¡No quiero que allá arriba me lo tengan en cuenta...!

—Ese allá arriba...—dijo la ciega—¿no será la taberna del lapidario, que por ser como usté de piadoso hasta bautiza el vino?

—¡No tenga mala lengua la maligna, y no desacredite a los industriales...! Mi amigo vende el vino completamente moro. [4]

—¿Y cómo lo bebe usté, siendo cristiano?

—Eso no tié nada que ver con la religión. El vino no es como las criaturas; el vino no necesita del primer sacramento, y es más, si me apura usté mucho, la diré que es pecao bautizarlo.

La familia pedigüeña rio, pero no con escándalo, no fueran a pensarse aquellos señores y aquellas señoritas que era la risa burla y luego no aflojaran la bolsa.

Pepe, con el grupo de los recién llegados, entró al cementerio civil, llamado también por las gentes de los protestantes.

No se cuidó el muchacho de pasar desapercibido, ya que tenía intención, luego de ver el sepelio del varón ilustre, de entrar al católico; pero la criada del cura viole y; sin perder minuto, era vieja y mujer; fue a contárselo a la sobrina de Basiliso.

La ceremonia del enterramiento fue tan sencilla como conmovedora.

A la honda sepultura arrojaron flores a granel.

—¡Para que tenga blando reposo!—dijo una dama de blanco cutis y rubio pelo, que cerca del linotipista estaba.

Destapose la caja. Como dormido estaba el cuerpo del anciano. En silencio le miraron todos.

Un ramo de violetas cayó dentro del ataúd severo y sin ningún dorado; luego, los enterradores bajáronle hasta el fondo del hoyo.

Y la escena fue trágicamente emocionante. Sin palabras, sin quejidos, comenzó un desfile silencioso; las mujeres fueron dejando sobre el féretro cuantas flores llevaban, los hombres puñados de tierra.

No se pronunciaron discursos; nadie dijo una frase más o menos feliz u oportuna, y sin embargo la tristeza estaba en todos los corazones, y se asomó lívida a los ojos y lloradora a los lagrimales.

Como si un dolor grande hubiera petrificado los cuerpos, así estuvo el grupo de amantes discípulos cerca de la sepultura del maestro, hasta que los enterradores dieron por terminada su faena.

Y despacio, muy despacio, como si del corazón vivo de la multitud tirase el corazón muerto del maestro adorado, fueron saliendo del cementerio los que poco antes llegaran con fragantes flores y encendido amor. La turba mendicante se dispuso al asalto. Cada uno de los pedigüeños ocupó un lugar elegido estratégicamente de antemano, comenzó la letanía.

—¡Una santa caridad!—dijo uno.

—¡Por el recuerdo del muerto!—clamó la vieja refunfuñadora.

—Porque descanse en paz.

Y un sordo, que por serlo, no se había enterado de lo convenido, rezó con lloriqueante tono:

Porque Dios Nuestro Señor
le tenga a su mano diestra
y le colme de venturas
en la vida eterna;
porque la Virgen Santísima
le ampare y le favorezca;
porque niegue por ustedes
para cuando ustedes mueran...

Cada uno a lo suyo; corriendo de aquí para allá como pesada mosca que en todo pica y molesta en todo, así iban los pringosos mendigos, sin pararse a advertir al rezador, que siguió

canturreando:

...y porque goce la dicha
de todas las almas buenas,
por los siglos de los siglos.
Amén. Jesús, y requiescan...!

Sin mirar; por huir del enjambre, todos dieron cuanto llevaban; así, cuando los carricoches rodaron camino de la Villa, los menesterosos, sonrientes y contentos, exclamaron:

—¡Bendiga Nuestro Señor a los señores judíos, que son los que más dan!

—¡Hasta una de plata m'han dao a mí!—dijo el enemigo del vino con agua.

—¡Más que muchos días he recogío yo...!

—Como que eso de las creencias no tié na que ver con el buen corazón de las gentes.

—Eso claro s'ha visto.

—Pero que ni más ni menos.

Un entierro que llegaba en aquel momento deshizo el grupo; era el llegado un entierro cristiano, por tanto otra era la canturria: ¡Porque Dios le dé su santa gloria!

—¡Que descanse al lao de la Virgen de los Dolores, madre y señora nuestra!

—¡Rezaré por su alma!

—¡Una limosna por el amor de Dios!

Pero como el entierro era de clase ínfima y el acompañamiento escaso, nada recogieron los mendigos, que olvidando al muerto pobre, volviéronse a reunir para recordar al que por tener muchos y buenos amigos y admiradores, había dejado entre la pobretería del Este un recuerdo que tardaría en borrarse de la memoria de los

necesitados.

Iba ya Pepe a entrar en el camposanto, cuando Ana, sonriente y airosa, le salió al encuentro.

—¿Cómo tú por aquí?

—A verte, rica.

—¿No trabajas hoy?

—No; hoy no trabajo; hoy te lo dedico a ti por entero.

—¡Qué cosas! Pues... ¿a que no adivinas lo que yo tenía pensao? Pues que me iba a buscarte porque voy de compras y quiero un asistente.

—¡Qué gusto, rica!

—Ya ves, hasta tenemos los mismos pensamientos...

—Porque nos queremos mucho...

Entonces fue cuando advirtió el muchacho que su novia, la de ojos de llama y labios de hierro candente, se arrebujaba chulona en un mantoncillo de felpa.

—Pero ¿es que vas ahora a Madrid?

—En el primer coche.

—¿Entonces...?

—Ná; que nos largamos juntitos y trotando.

—¿Y si tu tío...?

—Ya le he dicho que me voy, y como está por la parte del quemadero, por ser hoy día de quema, no es cosa de que vayas a verle; así es que sube en esa jardinera y a Madrid corriendito...

Notó Pepe que la moza estaba muy alegre, cosa que no esperaba, y tras ella subió al coche.

Distraído, había tomado el mozo una rosa de las muchas que llevaron a D. Francisco y que cogió al mismo borde de su sepultura.

—¡Qué flor más bonita!—dijo la moza al verla—. ¿Me la das?

Y Pepe tuvo que dársela, y un poco asustado vio a seguida que Ana la sujetaba con sus dientes, para luego prenderla en su pecho.

—¿Qué me miras, pasmao? ¿Tengo monos? [5]

—No; si no miro nada—respondió el muchacho algo confuso y preocupado.

De buena gana le hubiera advertido:

—¡Quítate esa flor de la boca! ¡Es una rosa de muerte! ¡La he cogido en una sepultura!

Pero no lo dijo; no se atrevió a decirlo.

¡Lucía tanto cerca de la carne blanca de su menuda y alegre mujercita!, que enamorado, enloquecido, la dijo:

—¿Sabes, mi alma, una cosa?

—¿Cuala?—preguntó chulapona.

—Que me gustas más y estás más bonita que nunca…

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Más que anoche?

No contestó el enamorado, se limitó a sonreír y a dar una larga chupada a su pitillo.

Ella le miró desafiadora.

El coche, dando un traqueteo en un bache, hizo que las caras de los jóvenes se rozaran.

8. Los celos y el querer vinieron por la blanca carretera

Detrás de la tapia esperó; pero al verla salir de su casa y pisar la carretera con aquel su andar menudo y airoso que no parecía nacido en Lieres, sino en el Madrid barriobajero, colocose Juan Francisco tras un terraplén que en la cuesta había y esperó.

La mañana era silenciosa, nublada y fría y quizá por eso ni cantaron los pájaros, ni los hombres que el campo araban, y también por eso los pasos de María del Rosario los oyó Juan Francisco a compás de los latidos de su corazón.

—¡Ya; ya se acerca! ¡Ya llega! ¡Ya…!

Llegó sí, pero con un gesto triste y una voz temblona.

—¡No te muevas! ¡No salgas! Me sigue…

—Pero es que…—musitó el guardián.

—¡Calla! ¡Toma eso…!

Y gentil siguió andando tras arrojar un trozo de papel que sin hacer gran esfuerzo alcanzó Juan Francisco.

Leyó:

«…emos teni do un discusto mui grande no dize qien pero se escama i qiere qe me baila ha mi pueblo por la muda qe pide en el campo santo te dire todo lo qe ocura á la tarde te qiere tu r.»

Por segunda vez tuvo que leer aquel escrito el mozo, para enterarse de que una pobre a la que nombraban *La Muda* sería aquella tarde quien le diera más detalles, detalles que le levantaban en peso y que irritándole no saber ya, le ponían malhumorado.

La arena de la carretera, al ser pisada, le hizo esconderse en la zanja que pegada a la tapia abrieron para que el agua de los temporales corriera, y vio desde lo hondo pasar al marido de ella más pálido, más triste y serio que nunca jamás le vió.

Aquel hombre que odiaba parose en lo alto y miró carretera adelante, vigilando el caminar de la mujer que hizo suya y a la que quería a la buena de Dios, sin grandes transportes de pasión, pero muy hondamente; sin quintaesenciados y gustosos delirios, pero tan a conciencia, que la sospecha solo de su infidelidad le ponía enfermo y acabado.

El momento fue trágico; el esposo, cara a la luz, decía en sus mirares un amor grande y sereno y; en la cuneta, pateando en el fango; el querido, bueno también, pero pensando en que la dicha de poseerla era bastante a disculpar una criminal idea que de su cerebro descendió a su mano agarrotando la carabina que para cuidar la mansión de los muertos le diera la ley.

Pero la intención duró lo que un relámpago; el arma cayó al suelo, y el esposo ultrajado siguió a la mala mujer. El guarda entonces tomó el arma y entrose cementerio adelante.

Cuando todo esto ocurría ya el sol pintaba de luz las cosas y un gallo haciendo la rueda a varias gallinas que picoteaban en la yerba, lanzó a los aires su arrogante kiki-rikí.

Juan Francisco, sentado en una sepultura, encendió un pitillo.

—¡Dice que la llevará al pueblo y eso… no será…!—pero luego meditó—¿Y si escapando con ella y marchándonos muy lejos…?

La idea le hizo sonreír.

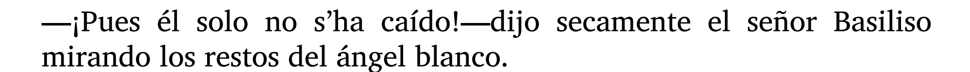
El egoísmo de su felicidad le hizo olvidar la cara del buen trabajador, que más pálido, más serio y más triste que nunca, espiaba, abrasándose de celos, los pasos de aquella mujer, que también él idolatraba.

—Lo mejor es eso—dijo dando una gran chupada a su cigarrillo—. ¡Es el modo único de tenerla para mí solo…!

Y acercando de nuevo el cigarro a sus labios fumó otra vez.

El humo fue en la quieta atmósfera como un largo penacho de azulina y suave transparencia.

9. Una misiva llena de promesas y de faltas de ortografía



—¡Pues él solo no s'ha caído!—dijo secamente el señor Basiliso mirando los restos del ángel blanco.

—¡Pues yo no he oído ná…!—replicó el *Civil.*

—¡Ni yo!

—Pues si ninguno habéis oído el estropicio puede que Juan Francisco tampoco; y a tóo y a esto, ¿dónde s'a metió ese…?

A voces le llamaron y tras llamarle mucho, contestó el mozo, que vino rápido por la parte nueva de la Necrópolis.

A preguntas del capataz, dijo lo que sus compañeros:

—No puedo explicármelo; a no ser…—objetó guiñando un ojo al *Civil*—que la atmósfera.

—Sí; ayer tarde estaba muy carga. ¿Verdad, tú, Juan?

—¡Echando chispas!

—Y pué que una de ellas… ¿No?

Convencido el viejo de que nada averiguaría y que los guardas tomaban aquello por la broma, gritó fingiendo enfado:

—Allá cuidaos… Vosotros sabréis lo que decir al escultor que hace eso… Yo, me lavo las manos.

—Y nosotros también, señor Basiliso. ¿Pues qué s'había usté figurao?

—Es que el que rompe, paga, y como yo nada he roto.

—Ni los presentes... Pero no se inrite usté por eso, que ya lo pagará el que lo haya roto.

Riendo con más fuerza, a cada paso que el viejo daba alejándose, se inclinó Juan Francisco y tomando del suelo una pequeña peineta de concha con falsas piedrecitas dijo, fingiendo gran seriedad:

—¡Aquí tenemos la *ella!*

Juntaron las cabezas para verla mejor, y una carcajada resonó en el panteón más y más fuerte que los besos y suspiros que la noche antes se dieran los enamorados.

—¡Hay que ver la irreverencia!—objetó el *Civil*—. ¡En el templo de la muerte...!

—¿Y qué más da?—preguntó Indalecio—. Cuando hay sed, se acerca el morro allí donde hay agua...

—¡Olé! Que una vez a mí me cogieron unas prisas con una que era casá y, como el manso nos perseguía, pues nos tuvimos que enchiquerar en la iglesia de San Ginés.

—¿Y se coló en el callejón el *manús?*

—Sí; pero como si no, que ella se *puso* de rodillas en un confesonario, y yo me metí en la sacristía a pedir la tarifa de los funerales.

—¿Pa alguna tía tuya?—interrogó el *Civil* con sorna.

—Pa un primo alumbrao que, como tú, se asustaba de los garbanzos de pega... ¡Mía tú éste...!

Algo más hablaron y, como era la hora del desfile, depositaron las armas en casa del conserje y salieron del camposanto, no sin antes dejar Juan Francisco al desgaire y sobre una silla la delatora y bonita peineta.

Uno, camino de Pueblo Nuevo; otro, de Vicálvaro, y Juan Francisco, de Madrid, los tres compañeros se dijeron ¡adiós!

Estaba el más joven pensando si caminar por dentro de la *posesión* o ir por la carretera, cuando el primer sepelio llegó.

—Si vas p'allá—le dijo un tartanero que hacía el viaje con tres acompañantes—aguarda, que de seguidita arreamos.

Juan Francisco aceptó el ofrecimiento y con los tres compañeros del fallecido, que fueron sus dependientes y él era curial, volvió el muchacho a Madrid. La charla fue amena, pues como ninguno sentía la muerte del enterrado, de cosas alegres se dijo… y el guarda, más que por alegrar, por alegrarse, comenzó a tararear una copleja.

—¡Eso es estilo!—advirtió uno de los del duelo.

—¡Gracias…!

—Ni gracias ni ná; lo que vale se cotiza y yo cotizo… Ahí va un pito engordao [1], ¡la del estanco es amiga!

Desde entonces hubo más fraternidad.

A *matar el gusanillo* [2] pararon en un ventorro del camino; hablose de nuevo del cantar que el guardián tarareara y los vestidos de negro pidieron oirle con más aliento.

—¡Amos anda y no te hagas de rogar!—dijo el calesero.

—No estoy hoy pa tarantas…

—No le hagan ustés caso. Antes de ser guarda del Este, era un gachó [3] de cartel, el *Cantares* le decían y no creo yo que se bautice a la gente porque sí…

—¡Celedonio que me comprometes!

—¡Tabernero, otras!—gritó uno—, y las medias de Cazalla vinieron y cuando la jardinera rompió a andar, tuvo que entonarse el cantaor:

«Tú y yo en el Paraíso
de temporada…

no quedaba en el árbol
ni una manzana.
Vamos, mi amor,
y dámelas mordidas
que están mejor...»

—¡Olé la gracia y lo salao de lo flamenco!

—¡Cuando yo les decía a ustedes...!

—¡Calla y arrea, *Trallero,* que me has comprometido y no estoy ensayao pa el menester.

—¡Pues digo si llega a estarlo!

—¡Otra!

—Otra, sí, pero sin cumplidos. Usté es un amigo y lo dice uno que se tutea con el papel sellao. [4]

—Pero si no estoy p'al caso.

—¿Rogativas?

—Eso nunca, señores, y pa que vean que no hay de qué, ahí va una malagueña:

«De una cadena pendiente
se hunde Cristo entre tus pechos;
déjame besar la imagen
sin apartarla del templo...»

No aplausos, apretones de manos fueron lo que los dependientes del curial, que en otro ventorro pidieron otras *limpias*, [4] ofrecieron al cantaor.

Ya en las Ventas, aceptó Juan Francisco el tercer obsequio de los amigos y enlutados que, sin duda muy entristecidos por el fallecimiento de su jefe, pretendían terminar la ceremonia fúnebre dándose un pequeño banquete en casa de *Liberto*.

—¡Y usted come con nosotros!—dijo uno.

—Eso sí que no. ¡Gracias!... Tengo que descansar de la noche, que ha sido un poco perra, y también que ventilar unos asuntillos particulares...

—Mire usté que es por simpatía y de corazón y no por hacerle de cantar...

Sonrió Juan Francisco, agradeciendo de verdad el obsequio, y dejó a los *entristecidos* encaminarse al merendero dicho, donde hicieron un menú de circunstancias; vino tinto, calamares y asadurita con tomate.

Deseando estaba el mozo de quedarse solo para, desde la taberna de los *Asados*, ojear el camino que necesariamente tenía que pisar ella.

Una hora o más estuvo, pero no la vio, decidiendo entonces marcharse.

—Lo mejor de todo—dijo—es hacer lo que ella me ha ordenao...! Esta tarde veré a la *Muda*...

Y bastante aprisa se encaminó a su casa, donde el lecho esperaba y fue para su cerebro vergel florido, ya que soñó con los labios de ella, que eran amapolas, con su frente blanca como los nardos, y con sus mejillas, que de no ser carne tomáranse por rosas.

El cuidado le dejó dormir muy poco.

—¿Qué hora es ya, madre?

Y su vieja contestó:

—Temprano; no es más que la una. ¡Duerme!

—¡Si es que no puedo!...

Levantose; comió distraído, y aun no marcaba su reloj las dos y media cuando encontrose en plena calle de Alcalá.

—Algo temprano es... ¡Tomaré el tupi!

Maquinalmente, como cuando comiera, bebió el líquido obscuro

que al final advirtió amargo.

—¡Anda, mi sangre, pues no me lo he tragao sin azúcar! Si esto sigue así me voy a tener que equipar de camisas de fuerza.

Y como con el café, le ocurrió con la música de la pianola, que machacando en las cuerdas, tocaba sin compás, gusto ni arte, uno de esos cuplés populares que a fuerza de ser idiotas los admira la gente de tienda y de fogón.

—¡Las tres!—dijéronle unas campanadas—. ¿Iré ya, o será muy pronto?

En el Retiro entró por entrar; ya que ni las niñeras de blancos delantales, ni las pomposas amas que compiten con las casas de cambio en lo de la plata menuda, le llamaron la atención; solo de codos en el barandal del estanque grande distrájose unas miajas viendo remar a unos señoritos.

—Ahora sí—afirmó consultando de nuevo el remontoir—. Son las cuatro y ya no extrañará mi presencia.

Carretera adelante fue. Canturreando cruzó por frente a *su casa* y al fin llegó al Este.

Entre el enjambre de mujeres no estaba la que necesitaba ver.

—¿Y la *Muda* no ha venido hoy?

—No; no ha venido—respondió una vieja de arrugada cara y dedos sarmentosos.

—Y pué que no venga—añadió otra bajita y coja, que con ayuda de un palo caminaba—. Anda loquita buscando a su hija la mayor, que estaba de criada, y dice que las ha pirao [5] con un sargento del cuartel de María Cristina.

Aquello era un grave contratiempo; pero no queriendo creer a las astrosas viejas, fue al interior del cementerio y charlando con los otros compañeros mató otra hora.

Anochecía ya, y la vieja no llegaba aún.

—¡Si supiera adonde vive...!

Lo supo, y llegose hasta el domicilio de la mujer, pero tampoco estaba allí.

—Donde la puede encontrar de seguro, es en el tejar de Vargas; allí tié un hijo cortando el ladrillo.

—¿Y por dónde cae eso?

—Detrás de San Juan de Dios a seguido del Olivar...

Tarde era, pero a campo a traviesa fue el muchacho.

Cruzó la Elipa con sus árboles centenarios; subió la cuesta de los Campos Elíseos; dejó la Fuente del Berro a su espalda y por la *Sevillana* ganó el Paseo de Ronda atravesando luego por frente a la verja del Hospital reparador de quebrantos amorosos; y cuando una locomotora del ferrocarril del Tajuña pitaba pidiendo vía libre, llegó Juan Francisco al tejar; pero, ¡ay Dios mío! que la preguntada no estaba allí tampoco.

—¡No hace ni tan siquiera veinte minutos que se fue...!

—¿Por dónde?

—Paseo alante, para, cortando por Madrid Moderno, salir al alto del Abroñigal, que es donde tié la choza.

No preguntó más, que a prisa primero y corriendo después, dio alcance Juan Francisco a la vieja.

Olvidando su falta, la gritó, pero la mujer sonreía. Por señas se hizo entender y entonces fue el mirar la cara de la vieja compungirse, dolerse y condenarse por despreocupada.

De su pecho, flácido, sacó un papel; el papel confesador, y con tanta prisa como puso el joven en tomarlo, depositó una peseta en las manos de la recadera, y con más prisa que todo, fue calle de Alcalá abajo camino de la obligación.

—¡Hoy me gano la bronca padre!—dijo—¡Las siete! ¡Camará y qué

retrasao ha venido mi correo…!

A la luz de un farol leyó el escrito, que así decía:

«mi alma te qiero i mañana por la noche se ba el al centro de marmolistas y tu ben no qiero hirme llo qiero los dos qe nos hallamos si no bienes me lleba y llo no qiero sin qe tu me qiers y bengas á donde sea con el no te qiere asta la muerte r.»

Con rabia estrujó el papel Juan Francisco.

—¿Llevártela? ¡Quiá…! Yo me voy a su verita y si te opones, ¡carabao!, [5] nos tendremos que ver las caras…

Y con paso ligero fue camino de Vicálvaro adelante.

Primero don Narciso, que cruzó a su lado sin verle, y luego un coche, el furgón del Hospital, que rodó veloz hacia el camposanto.

Casi ya a sus puertas vio a Pepe, que, como todas las noches, después de dejar a su prometida se *colaba* en el recinto sagrado por un portillo de tablas que cubría una puerta en construcción aún.

—¡Eh, tú; espera…!—le dijo.

Riendo esperó el muchacho.

—¿Qué hay?

—Por mi parte, nada…; por la tuya… ¿Sabes lo del ángel caído? ¿No? Pues pa otra vez pon tiento en las manos y no comprometas… a la gente.

—¡Juan Francisco! ¿Lo sabes?

—¡Todo! Unas púas me lo han delatao…

—¡Ah! ¿La peina…?

—Justamente, la peina y… Oye, di a tu novia que pa esas excursiones un velo que sujete bien la cabellera es la moda, o de no, que acuda con el pelito suelto; también viste…

Avergonzado, calló el mozo.

Viendo esto, habló Juan Francisco.

—Si te molesta la franqueza...

—No; no es eso; es, ¿sabes?, que me duele que se haya sabido...

—¡Una sepultura perpetua es mi corazón!

—¡Gracias; muchas gracias!

Se apretaron las manos.

—Y de la boda, ¿qué?—preguntó el guardián alargando un cigarro.

—Aun no se sabe, pero queremos hacerla pronto.

—Dicen por ahí que pa la Semana Santa.

—No, mucho antes.

—¿Para Carnaval?

—Antes. Puede que para Nochebuena.

—¿La del Niño?

Con tanta picardía hizo la interrogación el mozo que Pepe tuvo que sonreír.

También sonrió Juan Francisco.

Si al linotipista le quería su Ana, a él le adoraba su Rosarillo, y contentos, porque el amor era en sus corazones, se separaron.

La noche había cerrado ya por completo. En lo azul brillaban temblorosas las estrellas.

10. En las luchas del querer el malo es el vencedor

Después de *ajustar* «Palabras de un mundano», voceó el regente:

—¡Aquí los soñadores! ¡Ha llegao la lista grande…!

Como por resorte acudieron a la platina cuatro o seis de las máquinas, la estereotipia y alguno del cierre. Todos, comprobando sus décimos con la relación de los números premiados, volvían a sus sitios serios y mustios, rompiendo despacio, muy despacio, con pena casi, los papeles que con fe compraron y en los que pusieron la ilusión de un vivir más tranquilo, donde no hubiese patronos de los que depender, ni horas obligadas en las que trabajar.

—¿S'han acabao los primos?—dijo de nuevo y en broma Rafael, que así se llamaba el regente de *El Mundo.*

—¡Espera, que falto yo…!—y dejando terminado un párrafo del *fondo*, fue Pepe a mirar la lista.

—¿También el fúnebre consorte juega a la lotería?

No hizo caso el mozo y con el décimo en la mano comenzó a examinar las columnas de apretados números que, a modo de ejército en línea, acosan, burlan y vencen a los que confían en la Fortuna más que en el Trabajo. Antonio el maquinista, que estaba repasando las cintas de una de las rotativas, canturreó con intención:

«El juego de lotería
es como el juego de amor,
más fácil que un premio gordo
es… una *aproximación…»*

A coro rieron mecánico, ayudantes y cabeceros; pero cesó la risa cuando el prometido de Ana, más contento que hospiciano en domingo, levantó en alto su décimo y gritó:

—¡*Aproximación* y pesetas! ¿Pasa algo?

—Pero ¿es verdá...?

Y como enjambre acudió todo el personal a comprobar la *potra* [1] del mozo que había conseguido, de esa mala persona que llaman Suerte, un tercer premio.

—¡Que sea enhorabuena!—dijo Rafael.

—Camará y que afortunado eres, novia guapa, fina, enamorada y de propi, pues... no sé...; pero lo menos cien duros si que sí.

—Alrededor...

—Vaya un trusó [2] que va a disfrutar la moza, y qué luna que se os prepara. ¡Cuarto creciente...!

—¡Mia que si no fuera creciente a sus años...!

Todos le felicitaron y, a petición de los más frescos, mandó traer, de la *tasca* de la esquina, seis grandes de amarga para los de fuera, y un *cuadrao* de lo tinto para los estereotipistas, que es gente que precisa de alcohol, pues ha de trabajar a una temperatura de cincuenta grados lo menos.

Los partes de la guerra llegaron y los sucesos de provincias y luego un artículo para la *sexta de la primera* que era, a diario, de vaga y amena literatura, de *ese* algo espiritual que disculpa la revista taurina y el crimen de detalles macabros y enseñanzas morbosas.

El regente distribuyó cuartillas y las linotipias volvieron a funcionar con un trepidar seco y acompasado que recordaba el disparo de las ametralladoras.

Impaciente estaba el mozo; la alegría púsole cantarín y, lo que no hizo nunca, no dejó de mirar al reloj que a su espalda marcaba despacio, desesperadamente despacio, las horas de aquel día de contento.

—El refrán miente—pensó recordando a su novia—y miente porque yo soy, además de agraciao en quereres, agraciao en lo del juego...

—y pensó en su Ana y en el ofrecimiento que la hizo...—¡Iremos aunque no sea más que ocho días a Aranjuez...! Y la compraré, hoy mismo cuando salga a comer, un regalo de circunstancias, que pa eso cobraré dentro de unos días lo menos... cien duretes. ¡No es mucho pa un pobre, pero que la beso en los jardines del Real Sitio aunque no quiera Godoy, es más verdad que que en Enero mayan los gatos...

También como Pepe y por el amor también, sonreía Juan Francisco aquella mañana.

—¡Es un hecho! Esta noche, cuando su marido se largue a eso de los maestros marmolistas, entro yo, arreglamos lo del vuelo y después... ¡a quien le pique que se dé fécula...!

Hay días en que el sol parece que ríe, y aquella mañana de Noviembre, templada y clara, sonrió a muchos del cementerio.

Don Narciso que tenía pendiente de resolver un asunto en el Ayuntamiento, le vio solucionado, y como el amor propio quedó boyante y la bolsa aumentada, convidó, cosa muy corriente en él, a sus subordinados que él llamaba siempre sus amigos.

—Tráete en este cántaro, ya que no hay frascos grandes...—dijo a *Llapisera*—una arroba de lo tinto. ¿Que de dónde? Del ventorrillo primero... ¡Oye; di al *Argandeño* que es para consagrar...! ¡Ah, y que no lo bautice! ¡Que para eso estoy yo aquí...!

De prisa volvió el mandadero, y el hombre-cura sirvió a su gente.

—Echando el vino este me acuerdo de mi Santo patrón, San Narciso, obispo en Jerusalén y asistente al Concilio de Palentina... ¡Oye, pero bebe!—tuvo que decir a Juan Francisco, que boquiabierto le escuchaba—. Quién así me viera con el cántaro del agua en la mano, me tomaría por una Samaritana ensotanada. ¿No? Pues así se engaña al mundo; así se juzga por las apariencias; pero a lo que iba... Yo ahora podré decir, si alguien me sorprendiese dándoos vino, algo que recordara el milagro de mi Santo patrón.

—¿Un milagro?

—Milagro y grande; oir. Sacando agua de un pozo, hizo que la pusieran en las lámparas de su templo, que, siendo la Pascua, no tenía ni aceite con que alumbrar, luego, orando con unción santa y fe grande, vio cómo el agua se hizo aceite y las naves de la pobre iglesia se vieron profusamente, ricamente alumbradas.

Todos quedaron absortos, menos Juan Francisco que, sintiendo retozar el gozo por todo el cuerpo, preguntole:

—¿Dice usté que el templo se alumbró con agua?

—Con agua; sí, señor.

—Pues estos, si sigue la esplendidez del padre cura, se *alumbrarán*, pero va a ser con vino.

La presencia de un carro fúnebre, hizo que las risas cesaran, el cántaro se escondiese y la campanita, la alegre campanita, tocase a muerto con pausado y lento son.

Fuera, las pobres mendicantes prepaRáronse para el asalto, y la ciega puso cara de tristeza, y la baldada se dobló más, y una astrosa y pequeñuca de pelo nevado por más de ochenta inviernos, ensayó ante el concurso de acompañantes un gemir lastimero y un lloro ablandador de corazones y de bolsillos.

De claro sol fue el día, y así como a Pepe Barrientes pareciole que el reloj de la imprenta no andaba, a Juan Francisco se le antojó también que el suyo no andaba tampoco.

El linotipista pensaba en la distribución de su dinero; el guarda, en agenciárselo para con él hacer más fácil y cómoda la huida. Uno forjábase un hogar tranquilo donde poder amarse en paz y gracia de Dios; el otro, en combinaciones de trenes para luego, lejos, lo más lejos posible y ocultando el nombre, vivir un vivir lleno de incertidumbres miedosas; aquél, Pepe, haciendo para el amor un paraíso; este, Juan Francisco, forjando un purgatorio para su amor. Pero eran felices por igual y por igual también queridos.

—Cerca de mi madre viviremos—pensaba Pepe.

—Lejos, hasta de mi madre viviré—decíase el guardián, y los dos a

una hablaban a su corazón.

—¡Cuánto me quiere...! ¡Cuánto y con qué calor la quiero también...! Que el amor no sabe de leyes ni de preceptos y quiere porque sí y para querer salta por todos los códigos, por todas las costumbres y también por todas las religiones. Para hacerlo le sobra locura al corazón.

No pudiendo domar a la impaciencia, Pepe salió a la calle.

—¿Qué regalito la llevaré?—dijo.

Y en el bazar entró y despacio miró las vitrinas llenas de sortijas, pendientes y collares. En la de objetos de concha y de piel parose un gran rato, pero no se decidía; de pronto tuvo una idea alegremente infantil.

—;¡A que la llevo una muñeca!—Y una muñeca compró de negro pelo y cara sonrosada, que cerraba los ojos y vestía un traje vaporoso de gasa roja con adornitos negros.

A aquella misma hora, el guardia abandonaba el cementerio.

Al salir, en la verja misma, cruzose con Pablo, que iba a trabajar en el panteón.

—¡Buenas tardes!—dijo el marmolista.

—¡Buenas!—respondió Juan Francisco, que en el momento de verle sintió como si por su espalda subiese un frío glacial que poco más tarde se hizo rojez en las mejillas.

—¡No debe de sospechar nada!—pensó, y un tanto satisfecho, porque ello facilitaba sus planes, siguió andando.

Varias enlutadas; de esas que van a llorar sobre el sepulcro de sus esposos o hacen de él punto de cita con un otro vestido como ellas de negro, y a veces, valiéndose del largo mantón roban adornos funerarios que el manto tapa; cruzáronse con el joven guardián.

A la puerta de su casa, cosiendo, espiaba Rosario.

—¡Mi vida!—dijo el muchacho al pasar.

—¡Que te espero a las siete!—ordenó ella.

—¡Pues hasta las siete, Rosario!

—¡Hasta luego, mi alma!

Y firme continuó carretera adelante.

¡Qué largas fueron las horas!

Pero todo pasó y el tiempo con todo.

Al descender Pepe del tranvía de las Ventas, encontrose con Juan Francisco.

—¿Qué llevas ahí?—preguntole.

—¡A qué no lo aciertas...!

Varias cosas dijo el guarda, y como ninguna de las que dijo era, tuvo el novio de Ana que decírselo.

—¿Una muñeca? ¡A quién se le ocurre comprar eso!

—¡Ah! Pero ¿es que te ríes?

—Naturalmente que sí... ¡Mira que llevar a la que mañana será tu mujer una cosa que es para las niñas...!

Sonoras, brutales fueron las carcajadas de Juan Francisco. Pepe las disculpó y no dijo nada. ¡Qué sabía de aquello el muchachote rudo y fuerte, que desde niño se ganó el pan y no gustó nunca de delicadezas!

Como las sombras comenzaron a reinar, encamináronse los amigos al cementerio; hablador iba el linotipista, callado y pensativo el guarda.

—¿Te pasa algo, Juanillo?

—¿A mí? ¡Nada!

Y de cosas sin importancia hablaron, pues ni el uno quería que el conversar fuese a terreno de mujer para que no se hablase de la escena del ángel caído, ni el otro de María del Rosario, por si su propia alegría le delataba.

Así llegaron hasta el camposanto. En el cuarto del viejo Basiliso entraron y pudo ver el guarda cómo Anita besó y acarició a la linda muñeca con igual instinto de maternidad que diez años antes, cuando, haciéndolas de trapos, las acunaba y las cantaba como una madrecita...

«Duerme niña hermosa,
que tengo que hacer;
lavar los pañales,
ponerme a coser...»

Y tomando la carabina del armero, dio la mano a Pepe.

—¡Enhorabuena!—dijo—. Te llevas un ángel... ¡Tié mucho corazón la peque esta...!

Silenciosa y negra era la noche, tranquila era también. Ni un soplo de aire, ni el rumor de un insecto; solo, de vez en cuando, una hoja seca, al desprenderse de las acacias, era en la calma como un suspirar.

—¡Aún falta una hora!—pensó Juan Francisco mirando el reloj.

Pero aun cuando quiso matar los mortales sesenta minutos que faltaban con un largo paseo en derredor de los nichos terminados, no pudo; como un imán fue hasta la tapia, frontera a la casa de Rosario y allí, en la zanja, sepultura de los pobres, esperó.

En la larga espera no estuvo ocioso su magín.

—Yo—dijo—puedo con lo que tengo ahorrao juntar hasta cuarenta duros, ella también *arramblará* [3] con algo. En el primer tren nos vamos y luego...—pero pensando que en la huida podían ser apresados, cambió de táctica—. No; mejor es esconderse ocho o diez días en Madrid y cuando él se convenza de que no es fácil encontrarnos, es la ocasión de *pirar*...

Después de la huida, el plan era más factible; se embarcarían y; ella de peinadora y él de pintor, que ese oficio y el de carpintero sabía; ¿no habían de ganar para vivir?

No pensó el loco muchacho que el fruto robado siempre es muy sabroso y que, al tenerlo para siempre para gustarlo a toda hora, se corre el riesgo de que fatigue o empalague; ni tampoco en la eventualidad que se corre con una adúltera, pues si engañó a uno, bien puede engañar a otro, y si hizo escarnio del compromiso del que con ella compromiso tuvo, más fácil le sería hacerlo con aquel a quien ninguna obligación comprometía ni atadura alguna sujetaba.

Pero como Juan Francisco era un pasional y en su querer no tomaba parte alguna el cerebro, con la carne quiso a la engañosa mujer que también era solo carne.

Miró el reloj.

—¡Ya falta poco!—dijo, y despacio llegose a una portilla próxima, desde la que podía ver sin ser visto.

—Por aquí saldré y luego si no hay inconveniente entraré por aquí.

Pero aquel «si no hay inconveniente» le hizo pensar en la tapia que fuerte y ágil escalaría; pero ¡bah! ¿A qué pensar en aquello? Vería a su amada y después, cuando ella le ordenase, al cementerio a vigilar cosas que no eran suyas, pero que por ganar el pan era deber hacerlo.

En la obscuridad solo una luz cercana se veía; la casa de Pablo. De pronto, la luz hecha franja, alumbró la carretera; por el boquete de la puerta, salió un hombre.

—¡Él!

Juan Francisco, que tras unos matojos se ocultaba, vio cómo la puerta se cerró y oyó en seguida los pasos del marmolista que carretera arriba iba alejándose.

Siglos eran los segundos para el sediento lujurioso, y no pensando ya en otra cosa que en su lujuria, fue rápido hasta la casa que era sombra.

La mujer, sagaz y previsora, había apagado las luces.

—¡Me espera!—pensó el guarda—. ¡Voy!

Y fue loco, confiado, sin sospechar que el escarnecido, pasos más adelante, paró, y con oído alerta escuchaba los latidos de su sangre y los latidos de la naturaleza al parecer dormida.

—¡Rosario...!—dijo suspirando el galán.

—¡Ven...! ¡Despacito...!

En busca de la voz fue Juan Francisco que, hasta no tropezar con una mano de mujer, creyose navegante de un mar proceloso y muerto.

Sin decir palabra entraron.

—¡Enciende, quiero verte y besarte!

Iba la mujer a hacerlo, cuando el chirriar de una llave les aterró.

—¡Mi marido!—tremante y llorosa dijo Rosario.

—¡Maldita sea!—rugió Juan Francisco, advirtiendo que ni una mala navajilla llevaba con su persona—¿Qué hago? ¡Di!

—¡Calla!—ordenó la hembra—. ¡Después, cuando salga yo, sales tú...!

Abriose la puerta, pero Pablo, al que esperaban ver, no pisó el umbral.

El silencio fue absoluto.

Ni el que la puerta guardaba habló, ni los que estaban dentro dijeron palabra.

—¿Quién anda ahí?—gritó Rosario de pronto.

Nadie contestó.

—¿Salgo...?—interrogó el mozo.

—¡No! ¡Yo saldré...!—dijo la adúltera.

Y serena marchó hasta el negro quicio.

Aparecer María del Rosario, y los brazos de Pablo hacer presa en ella, fue cosa de un instante.

—¡Mala! ¡Perdida! ¡He de matarte...; pero antes él...! ¡Quita!

No pudo avanzar el marmolista, que los brazos de su esposa, esposa fueron de sus brazos, de su cuello, de su cuerpo todo...

—¡Quita!—rugió el burlado.

—¡No! ¡No!...

Lucharon a brazo partido y cuando se sintió vencida, cuando sus fuerzas flaqueaban y llena de terror iba presintiendo el sangriento fin, gritó:

—¡Juan! ¡Mi Juan! ¡Corre! ¡¡Corre!!

El miedo cegó al guarda del camposanto que, como una sombra, pasó cerca del grupo.

—¡Cobarde! ¡Ladrón!—gritó colérico Pablo a tiempo que probaba a desprenderse de la engañadora mujer.

Tiempo tuvo el burlador de llegar al muro y escalarle.

Cuando en lo alto estaba, vio, aterrado, que el marmolista, sacudiendo a la mujer contra el suelo, corría en su busca.

Descendió de un salto hasta la zanja de los muertos.

Mudo, escuchó.

El perseguidor, como él, también subía la tapia. ¿Qué hacer? ¿Huir? No; esperar; esperarle...

Y la figura de Pablo coronó el muro.

Como tigre en acecho quedó Juan Francisco. Sobre su cabeza volaba

la muerte; sus pies a la muerte pisaban.

—¡Ya baja! ¡Ya...!

Y Pablo bajó; rodó sobre la tierra removida a los pies mismos de su rival, que fiero, tendió sus recios brazos en busca de un cuello del que brotaban insultos, rugidos y blasfemias.

—¡Cobarde! ¡Cobarde!

—¡Calla!

De hierro fueron los dedos, y las voces débiles, y el jadear de los pechos, ahogado, estertóreo. Venció el más joven.

Pablo el marmolista, tendido a los pies, no se movía ya.

—¿Muerto?—preguntose el vencedor al advertir la inmovilidad del caído.

Sí, muerto estaba.

Un segundo tembló, pero una idea, una salvadora idea, puso calma en sus nervios.

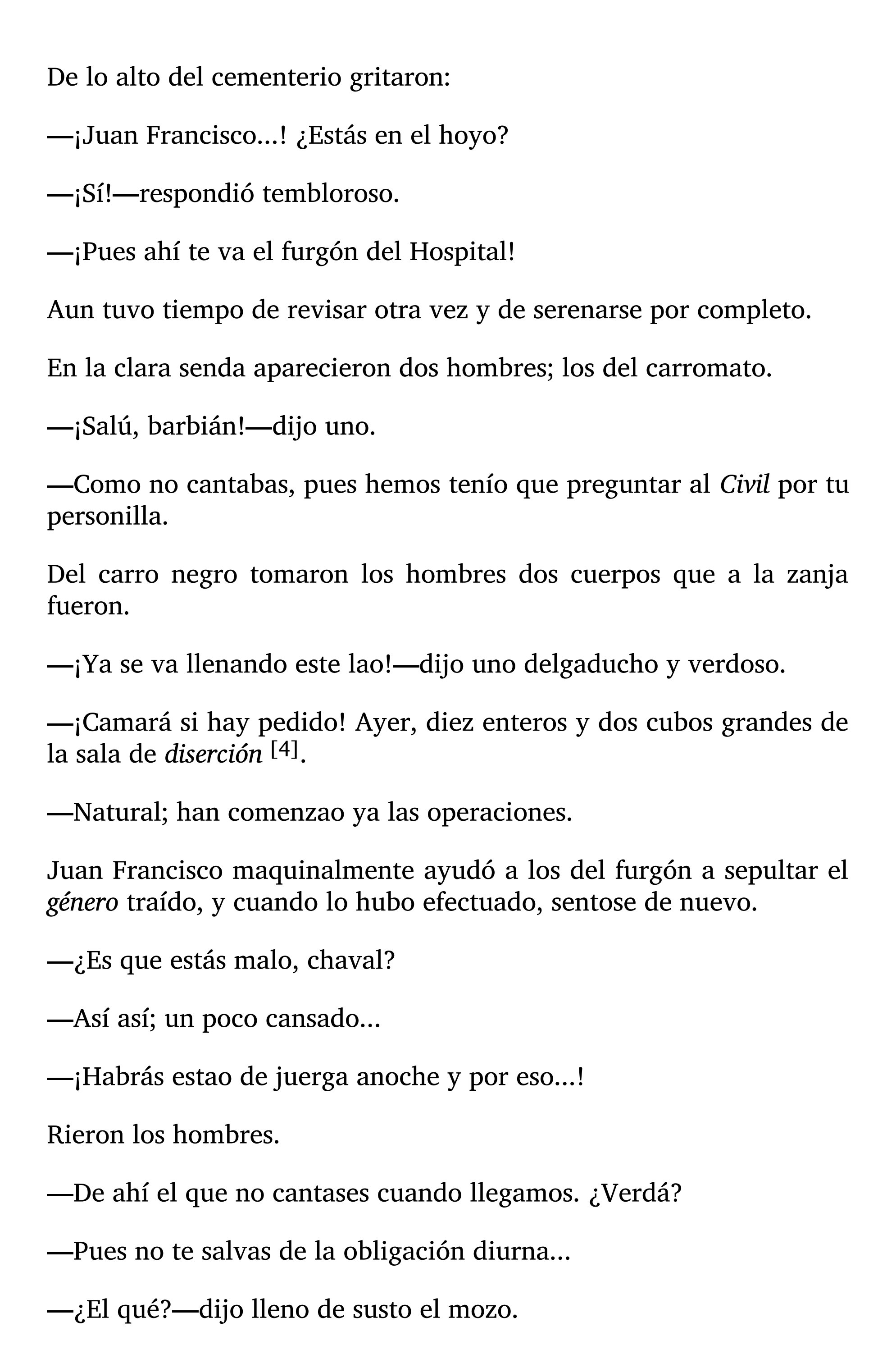
Escarbó con fiebre en la zanja que es eterno descanso de los sin fortuna; con los dedos arañó la tierra ya trabajada, y sereno, convencido de su impunidad, arrastró el cuerpo del muerto y al hoyo fué; a lo hondo, donde irían hombres y mujeres en promiscuidad macabra y repugnante.

Tan embebido en la criminal labor estaba, que ni oyó el rodar de un carromato que por tras el tapial corría.

—¡Ya has muerto! ¡Ya no mandas en ella...!

Descansó de la faena.

Nadie sabría el secreto que la tierra guardaba y luego de ojear el sitio por si algo, un objeto cualesquiera quedaba allí como delator, sentose sobre un blanco sepulcro.



De lo alto del cementerio gritaron:

—¡Juan Francisco...! ¿Estás en el hoyo?

—¡Sí!—respondió tembloroso.

—¡Pues ahí te va el furgón del Hospital!

Aun tuvo tiempo de revisar otra vez y de serenarse por completo.

En la clara senda aparecieron dos hombres; los del carromato.

—¡Salú, barbián!—dijo uno.

—Como no cantabas, pues hemos tenío que preguntar al *Civil* por tu personilla.

Del carro negro tomaron los hombres dos cuerpos que a la zanja fueron.

—¡Ya se va llenando este lao!—dijo uno delgaducho y verdoso.

—¡Camará si hay pedido! Ayer, diez enteros y dos cubos grandes de la sala de *diserción* [4].

—Natural; han comenzao ya las operaciones.

Juan Francisco maquinalmente ayudó a los del furgón a sepultar el *género* traído, y cuando lo hubo efectuado, sentose de nuevo.

—¿Es que estás malo, chaval?

—Así así; un poco cansado...

—¡Habrás estao de juerga anoche y por eso...!

Rieron los hombres.

—De ahí el que no cantases cuando llegamos. ¿Verdá?

—Pues no te salvas de la obligación diurna...

—¿El qué?—dijo lleno de susto el mozo.

—El cantar como siempre. ¡Poco que me gustan a mí las malagueñas que te gimes y las soleares que te entonas…

Con asombro miró el guarda a sus siniestros admiradores.

—No; esta noche no canto… ¡Me duele la cabeza!

—Lo que te pasa a ti es que no eres ya un amigo…

—¡Mira que negarse a una cosa tan significante!

Y los ruegos le convencieron, y el temor a que sospechasen de su tristeza, le hizo sonreír y entonar la copla:

«Mándame morir y muero,
mándame vivir y vivo,
mándame rodar, y ruedo
con tal que ruedes conmigo.»

Carcajada fue el premio de admiración de aquellos hombres que fumando iban con Juan Francisco hacia la puerta de la Necrópolis.

—¡T'ha salió, chaval, pero que muy en su punto…! ¡Ya se ve que estás afeztao [5] esta noche…!

—Verdá que sí, Martínez, y por eso tié que cantarse otra…

No dijo que no.

Cantó de nuevo y cantó fuerte, a plena voz, como si quisiera ser oído por alguien que temblando de angustia moría a distancia.

—¡A ver lo flamenco!

—¡A ver lo *chipén*…! [6]

«Ni tú te condenas,
ni yo me condeno,
que contigo en los brazos, se me abren

las puertas del cielo.»

El eco del amoroso cantar se esparció por las negruras de la callada noche.

Juan Francisco, intensamente pálido, sonrió…

FIN

Extras

Sobre el autor

- **Nacido en**: Puente de Vallecas (Madrid), 15 de junio de 1878.
- **Fallecido en**: Zaragoza, 24 de noviembre de 1936.
- **Profesión**: Novelista, periodista.

Revoloteos biográficos

Fernando Mora, escritor hoy en día no solo desconocido sino también extraviado de ese listado de escritores coetáneos suyos que se dedicaron a novelar la ciudad de Madrid, es padre de un buen número de novelas largas pero también de una abundante cantidad de novelas cortas de esas que durante muchos años empapelaron los quioscos y puestos callejeros y que tienen, hablando en términos generales, un marcado matiz realista costumbrista.

Dicho en palabras de Javier Barreiro, “fue el escritor madrileñista por antonomasia de las décadas segunda y tercera de nuestro agonizante siglo”.

Realizó sus estudios en el Colegio del Santo Ángel, donde fue internado tras la muerte de su padre, y los continuó matriculándose en la carrera de Comercio, en la que nunca pasó del segundo curso. Sus estudios, sin embargo, le permitieron trabajar durante toda su vida como contable, en una librería primero, después en el Banco Español del Río de la Plata, y años más tarde en un almacén de granos y una fábrica de conservas.

Casado con Leonor Díez de la Torre, profesora de la Escuela Normal de Magisterio con la que tuvo cuatro hijos, de los cuales el único varón murió, los diversos destinos académicos de su esposa les hicieron instalarse sucesivamente en Tarragona, Gijón, Córdoba y Santander.

La carrera literaria de Mora comenzó en 1909 con la novela *Venus rebelde*, escrita, como su libro de relatos *Nieve* (1910), bajo el influjo de Émile Zola, y que ganó la atención de la prensa de la época y de

algunos escritores como Felipe Trigo, con el que compartía prosa de cierto erotismo.

Fernando Mora alcanzó su verdadera personalidad literaria dentro del género madrileñista castizo. Tanto sus colaboraciones en algunos de los periódicos y revistas más populares de la época, como *La Voz*, *El Liberal*, *La Esfera*, *Nuevo Mundo* o *Mundo Gráfico*, como sus numerosas colaboraciones en distintas colecciones de novela corta, básicamente en *Los Contemporáneos*, *La Novela de Hoy* y *La Novela de Noche*, se mueven en el ámbito del Madrid popular y de clases medias, ámbito en el que fue un especialista.

La nota distintiva de Fernando Mora en el género fue el enfoque social con el que abordaba ese Madrid, como en *El patio de Monipodio* (1912). Este era el resultado de unas firmes convicciones republicanas, que le llevaron a militar primero junto a Alejandro Lerroux y luego en la Unión Republicana de Diego Martínez Barrio, y a colaborar en diversos periódicos republicanos, como *El Radical*, *El País* y *España Nueva*.

Su crítica social también alcanzó a los trabajadores "de cuello duro", entre los que él mismo se contaba, en su novela *Los hombres de presa*, basada en su experiencia de trabajo en la banca.

En 1935 pudo viajar a su admirada Francia, cuna del republicanismo, y visitar en París la tumba de Zola. La fidelidad a sus ideas le costó la vida pocos meses después: fue fusilado en noviembre de 1936 durante la dura represión a que fue sometida por los sublevados de Zaragoza, donde se encontraba destinada su mujer.

El diario republicano *El País*, que difundiría como adelanto de publicaciones recientes un fragmento de su novela *Los vecinos del héroe*, le llama correligionario. De hecho, el 25 de julio de 1931 se anuncian como grandes en el semanario republicano de Zaragoza *República* varias de sus novelas, en concreto *Los hijos de nadie*, *La necesidad de pecar*, *El otro barrio*, *Los cuervos manchan la nieve*, *Los hombres de presa*, *La Magdalena en el Colonial*, con el siguiente reclamo: "Correligionarios: Estas rebeldes obras del no menos rebelde FERNANDO MORA, debéis adquirirlas para vuestras Bibliotecas".

Apenas pasado un mes, el 22 de agosto, este mismo semanario avisaba a sus lectores en primera plana que “dentro de breves días comenzaremos la publicación, en forma encuadernable, de una novela de nuestro Fernando Mora, que galantemente ha cedido sus derechos de autor y nos ha permitido que, como regalo a nuestros lectores, sea publicada. La obra se titula *Los hijos de nadie*”, rótulo tan obvio que hace innecesario colocar entre paréntesis “novela de un hospiciano” y que el propio escritor calificaría de “novela de dolor y miseria”.

Esa cesión de derechos es un ejemplo del desprendimiento de la que hizo gala a lo largo de su vida, y ese aviso a los lectores se acompañaba de la siguiente revelación: “se le rindió un homenaje a su autor, ofreciéndole un banquete de más de quinientos comensales, donde se hallaba representado el «todo Madrid». Escritores, poetas, escultores, abogados, médicos y obreros, todos quisieron testimoniar al gran escritor Fernando Mora su simpatía. El hoy Ministro de Estado y Jefe del Partido Radical, le envió una efusiva felicitación”.

Los ideales políticos de Fernando Mora le llevarían a ser vilmente asesinado en Zaragoza el 24 de noviembre de 1936, pocos meses después de comenzada la Guerra Civil. Para él, según afirmó públicamente en una conferencia dada en el Circulo Radical de Zaragoza, “la política es una novia a la que quiero santamente, y la República el régimen que condensa todos mis anhelos, todas mis ilusiones”.

Sus obras costumbristas

Muchas veces en decorados de marginalidad social, pródigos en trasiegos emocionales, da buena cuenta en esas novelas de historias truculentas en las que tanto protagonismo cobran las prostitutas, musas del arroyo en las que no son infrecuentes las sevicias a ellas infligidas por chulos, seres canallas e inmisericordes, de gestos indolentes, los niños incluseros y las madres solteras, los abortos clandestinos, los trabajadores sin empleo, los sátiros, los hampones y golfos de todo pelaje.

Aunque en otras novelas, como en *La Peliculera*, quiso hacer un

libro alegre y divertido, abundante en personajes más conocidos por sus motes, alusivos a andanzas, profesiones, topónimos o comportamientos, que por sus nombres verdaderos.

De entre su variada producción literaria, hay espacio también para algunas tragicomedias, como *La noche de Juan José* (1915).

El ánsia de ver mundo (Pintorescas andanzas de un monaguillo patriota), publicado en 1921, bien puede ser considerado como un libro de iniciación en la estela de los libros de aventuras protagonizados por menores de edad. El protagonista, en un arranque de furor patriótico y amor a la bandera, se escapa de Madrid a Melilla, adonde nunca llegará, para combatir a los moros, que están diezmando a los soldados españoles. Siempre viajando de polizón y sin apenas recursos, su periplo le lleva a un buen número de ciudades: Córdoba, Sevilla, Cádiz, donde erróneamente embarcará hasta Vigo y no a Melilla, y Santiago de Compostela. Desde La Coruña emprenderá el regreso a la Villa y Corte, retornará a lo cotidiano, reencontrándose con su hermana y su madre, callejera vendedora de periódicos. La obra sería laureada con el Premio Marquesa de Villafuerte.

Su novela *Los hombres de presa* es una feroz crítica, con memorable venganza incluida en su final, de los “tiburones financieros”.

En algunas de las novelas citadas, el autor tiende a adscribirse al género erótico o sicalíptico, como se decía entonces y, llegado el caso, no escamotea asuntos escabrosos para la moral imperante. Su novela *Venus rebelde*, adscrita claramente a la pauta naturalista, con gráficas descripciones escrupulosamente minuciosas, la dedica a Emilio Zola. Un crítico auguraba que serían muchas las ediciones que tendría este libro que, sin embargo, no pasaría de esta primera.

En otra de sus obras, *Los vecinos del héroe*, su motivo central o leitmotiv será el adulterio, que se repite en *El otro barrio*, que alude al Cementerio del Este donde se desarrolla fundamentalmente toda su acción, trágico final incluido.

Pero la producción literaria de Fernando Mora fue mucho más amplia, es obvio, incluyendo no solo artículos y cuentos cortos en la prensa diaria y semanal, sino también pequeñas novelas pasionales

en esas colecciones literarias de frecuencia semanal o quincenal. Una de estas era *La Novela de Hoy*; que presumía de no dar refritos y de publicar exclusivamente originales inéditos, pues tenía contratos exclusivos con algunos escritores como Fernando Mora.

Se encuentran artículos suyos en el semanario republicano independiente *República*, del que era redactor.

Además de ser masón, su filiación política se correspondía con el Partido Republicano Radical, teniendo amistad personal con Diego Martínez Barrios.

Residió a lo largo de su vida en muchas ciudades españolas: en Santander (1924); también en Tarragona, donde situó su novela *La mujer que se sintió águila*, y en Zaragoza (1929 hasta su fallecimiento).

Se conocen las razones por las que dedicó su vida a la escritura, al ser expuestas y razonadas por él mismo en un artículo titulado *Intoxicación literaria. Lo que piensa mi Fígaro y los consejos que le doy*, publicado en la colección de novela corta *Los Contemporáneos* (Madrid, núm. 422, 26 enero 1917).

Dirigiéndose a su barbero le dice en un momento determinado: "… ¿Qué por qué escribo yo, entonces? Pues porque desoí los consejos desinteresados de un buen hombre que me apreciaba tanto como te aprecio y sobre todo porque ya metido en esa batalla de odios, me avergüenza el huir… ¡Oh si no fuera por eso! Si no fuera por eso, ten por cierto que, como el místico, huiría del mundanal ruido y escondería mi persona en lo alto de la sierra. Allí anidan las águilas; aquí se arrastran las víboras y los sapejos. ¡Y da un asco…!".

Fernando Mora se presentó en 1912 al Concurso de cuentos, iniciativa de *El Libro Popular*. Los miembros del Jurado (Joaquín Dicenta, Manuel Linares Rivas y Ramón Pérez de Ayala) le envían una carta al Sr. D. Francisco Gómez Hidalgo, a la sazón director de la publicación, en la que dan cuenta de la resolución del concurso. Informaciones y datos sobre este concurso así como el contenido íntegro de esa carta se pueden consultar en el libro de la profesora Amelina Correa Ramón, que publicó en su día un libro monográfico sobre *El Libro Popular*. Los miembros del Jurado afirmaban que "nos

ha parecido también que revelan brillantes cualidades literarias y que, por tanto, son dignos de elogio y publicación los trabajos que llevan los rótulos siguientes …”. Entre ellos se mencionaba *El misterio de la Encarna* de Fernando.

Años más tarde, Fernando llegaría a formar parte de algún Jurado, en concreto en el Concurso abierto por la Sociedad Cultural Deportiva. Los miembros del Jurado calificador que le acompañaban eran los también escritores José Francés y J. Ortiz de Pinedo.

Alrededor de 1915, se vio envuelto, a causa de un pleito literario, en una demanda judicial, de la que finalmente sería absuelto. La querella había sido presentada por supuesto delito de usurpación literaria por don Ricardo García Prieto. La noticia fue recogida por *España Nueva* (Madrid, 19 enero 1916). El diario, que casualmente recogía en ese mismo número y en página diferente la fotografía de Mora con motivo del gran éxito obtenido por su libro *El misterio de la Encarna*, se congratulaba de la solución dada al asunto y felicitaba al escritor “que no precisa beber en fuentes ajenas, ya que en toda su obra palpita un realismo que solo viviéndole puede expresarse”.

Lista de novelas destacadas

Nota: las marcadas con (*) pueden encontrarse gratis en formato ePub en la Biblioteca Digital Hispánica (https://bdh.bne.es).

____oOo____

- 1909, *Venus Rebelde*
- 1910, *Nieve*
- 1911, *Los vecinos del héroe*
- 1912, *El patio de Monipodio* (*)
- 1912, *El misterio de la Encarna*
- 1919, *Los hijos de nadie*
- 1919, *El otro barrio* (*)
- 1919, *La Peliculera* (*)
- 1921, *Los hombres de presa* (*)
- 1922, *La Magdalena en el Colonial*

- 1924, *La necesidad de pecar*
- 1925, *Los cuervos manchan la nieve* (*)

Fuentes:

- Real Academia de la Historia
- Blog La Cueva de Zaratustra: artículo *Fernando Mora (1878-1936) o el olvido de una libre silueta* de Miguel Ángel Buil Pueyo, publicado el 3 de julio de 2012.

Notas

Capítulo 1

[1] **Raquel Meller**: Francisca (Paca) Marqués López, fue cantante, cupletista y actriz de cine española. Durante las décadas de 1920 y 1930 fue la artista española de mayor éxito internacional. Estrenó famosas canciones como «La Violetera» de José Padilla. Posó desnuda en 1913 para el pintor Julio Romero de Torres en el cuadro La Venus de la poesía.

[2] **sonsoniti**: (del italiano) que dura cinco minutos.

[3] **garlochí**: (del caló, garlochín) corazón.

[4] **en berlina**: (coloquial) en ridículo. Juego de palabras; «berlina» también es un tipo de carruaje.

[5] **Selt**: agua de Seltz, agua con gas.

[6] **caldo de aceitunas**: se refiere al líquido que acompaña a los tarros de aceitunas.

Capítulo 2

[1] **Vivillo**: Joaquín María Carlos José Camargo Gómez, conocido como «El Vivillo», fue un famoso bandolero considerado como el penúltimo de esta raza de bandidos y forajidos que actuaron en las sierras andaluzas durante la primera mitad del Siglo XX.

[2] **manús**: (del caló) hombre.

[3] **valle de Doña Josefa**: (coloquial) Valle de Josafat. Allí sitúa el profeta el juicio de Yehovah contra los gentiles, al final de los días, tras la restauración de Judá. Josafat (Yeho-shaphat) significa "Yehovah ha juzgado" o "Juicio de Yehovah".

Capítulo 3

[1] **Camará**: (coloquial) camarada (usado también como interjección).

[2] **chufas**: (coloquial) escarnios, bromas.

[3] **uno de libras**: uno de peso.

[4] **la jaula del Mono**: se refiere al mono que aparece en la etiqueta de la marca Anís del Mono, cuya botella tiene el cristal con rombos en relieve.

[5] **tupi**: (coloquial) Tupinanba, marca de café famosa en España a principios del S. XX.

Capítulo 4

[1] **achantan la muí**: (coloquial) callan la boca, guardan silencio.

[2] **se najaban**: (coloquial) se iban, se marchaban.

[3] **con el pelo de los helaos**: el pelo de los difuntos.

[4] **en cuanti**: (corrupción) en cuanto.

[5] **tien**: (corrupción) tienen.

[6] **la dernier**: (del francés, coloquial) lo último.

[7] **filfa**: (coloquial) engaño, mentira, noticia falsa.

[8] **chacho**: (coloquial) muchacho.

[9] **badul**: (epéntesis) baúl.

[10] **Tres Peces**: se reffiere a la calle de Los Tres Peces en Madrid. Antiguamente, una zona de mercados.

[11] **clisos**: (coloquial) ojos.

[12] **estar roque**: (coloquial) estar dormido.

[13] **chundarata**: (coloquial) música estridente y bulliciosa.

Capítulo 5

[1] **por San Antonio tiestos de albahaca**: es tradición que las parejas se regalen macetas de albahaca en las Fiestas de San Antonio (del 13 al 16 de junio), patrón de Lisboa.

[2] **el coci**: (coloquial) el cocido, la comida.

[3] **perra chica**: (coloquial) moneda de cinco céntimos de peseta. La «perra gorda» era de diez céntimos. Ambas monedas tenían un león acuñado en una cara, que el vulgo confundió por un perro.

Capítulo 6

[1] **nanai**: (coloquial) nada de nada, ni hablar, imposible.

Capítulo 7

[1] **dos barbis en lo tocante a los de cuatro remos y dos agujas**: es muy posible que se refiera al banderillero Ricardo Baena (el Barbi) y a los toreros Ricardo Anlló Orrio (Nacional I) y Félix Merino Obanos. En la frase se elogia el arte de los toreros al compararla con la del gran banderillero madrileño y coetáneo.

[2] **lo de cajón**: (coloquial) lo que es lógico o no puede ser de otro modo.

[3] **vino moro**: (coloquial) vino que no está aguado, a diferencia del vino bautizado.

[4] **¿Tengo monos?**: (coloquial) «¿Tengo monos en la cara?» interrogación que se hace, expresando molestia, a quien te mira fijamente.

Capítulo 9

[1] **Ahí va un pito engordao**: (coloquial) Toma un cigarro gordo.

[2] **matar el gusanillo**: (coloquial) satisfacer un antojo. En este caso, el antojo de tomar una copa.

[3] **gachó**: (del caló) hombre.

[4] **limpias**: (coloquial) puede que se refiera a «bebidas».

[5] **las ha pirao**: (coloquial) se ha ido, se ha marchado.

[6] **carabao**: (coloquial) cornudo, esposo al que su esposa engaña con otro hombre. El carabao es un rumiante parecido al búfalo, pero de color gris azulado y cuernos largos, aplanados y dirigidos hacia atrás.

Capítulo 10

[1] **potra**: (coloquial) suerte, buena fortuna.

[2] **trusó**: (del francés, truosse) trusa (trusas), calzones muy anchos (usados en el S. XVI y XVII) con cuchilladas que se sujetaban a mitad del muslo.

[3] **arramblará**: (coloquial) de *arramblar*: recoger, pillar o recaudar obsesivamente.

[4] **diserción**: (corrupción) disección.

[5] **afeztao**: (corrupción) afectado, sentimental.

[6] **lo chipén**: (del caló, chipé, vida) lo bueno, lo extraordinario, lo fuera de lo común.

Fuentes:

- Wikipedia
- Diccionario de la Lengua Española
- Diccionario gitano de Francisco Quindalé
- Foro WordReference (forum.wordreference.com)
- Enciclopedia de Calatayud (www.calatayud.org)
- Blog Secretos de Madrid (www.secretosdemadrid.es)
- Blog Tupinamba Grup (tupinambagrup.wordpress.com)
- Federación Taurina de Valladolid (federaciontaurinavalladolid.com)